

KIPLING

La Casa de los Deseos



La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

En muchos de sus cuentos abordó lo sobrenatural, que siempre se revela gradualmente, a diferencia de los cuentos de Poe. En *The Wish House* una mujer refiere a otra mujer una historia mágica y dolorosa; ambas son demasiado humildes para el asombro; aceptan lo increíble con la misma resignación con que aceptan los hechos cotidianos.

En *A Sahib's War*, la fiebre y la presencia del opio hacen que lo sobrenatural sea más verosímil.

Sobre *A Madonna of the Trenches*, cuyo fondo es la guerra de 1914, cae la alta sombra del Canto V del Infierno.

The Eye of Allah no es un relato fantástico, pero es un relato posible.

De los cuentos que elegí para este volumen, quizá el que más me conmueve es *The Gardener*. Una de sus peculiaridades es que en él ocurre un milagro; la protagonista lo ignora, pero el lector lo sabe. Todas las circunstancias son realistas, pero la historia referida no lo es.

Jorge Luis Borges

L=LIBROS

Rudyard Kipling

La casa de los deseos
La Biblioteca de Babel - 20

Prólogo

A los cuarenta años de su muerte, que ocurrió en el sur de Inglaterra, Kipling es todavía un hombre famoso, pero es también un hombre secreto. La crítica no pronuncia su nombre con ese tono reverencial que reserva para Joyce o para Henry James. ¿A qué se debe esa condescendencia, casi esa negligencia? El hecho, que no ha dejado nunca de asombrarme, puede explicarse así. Ocasionalmente, Kipling escribió para niños, y quien escribe para niños corre el albur de que esa circunstancia contamine su imagen. Pensemos en el caso de Stevenson, uno de sus maestros. Hay otra explicación que es de orden político. Suele juzgarse a un escritor por sus opiniones —lo más superficial que hay en él— más que por su obra; Kipling fue encasillado como cantor del Imperio Británico. El hecho, que nada tiene de deshonoroso, bastó para mermar su fama, especialmente en Inglaterra. Sus compatriotas nunca le perdonaron del todo su persistente recordación del Imperio. Sus grandes contemporáneos, Bernard Shaw y Wells, eran socialistas y prefirieron ignorarlo. Kipling vio en el Imperio Británico una continuación del Imperio Romano y acabó por identificarlos. Es significativo, asimismo, que jamás cantó las victorias, sino las asperezas, los trabajos y los deberes de un destino imperial. No exaltó la mera violencia, como lo haría Hemingway. Ya cerca de la muerte, comprendió, no sin alguna melancolía, la vanidad de ser lo que hoy llamamos un escritor comprometido. Recordó a Swift, que se propuso hacer un alegato contra el género humano y cuyo alegato es ahora un libro para niños. Escribió que los dioses pueden permitir a los hombres que inventen fábulas, pero no que sepan la moraleja. Es la doctrina platónica de la musa o la doctrina hebrea del espíritu. El escritor debe resignarse a ser su dócil amanuense.

Kipling fue siempre un solitario. De joven fue amigo de Rider Haggard; ya maduro y mundialmente famoso compartió la amistad de un sargento retirado de infantería, con el cual charlaban sobre la India, y del Rey de Inglaterra. No quiso ser poeta laureado porque temió que tal honor tragara su libertad para criticar al gobierno. Poco o nada le importaba la fama. La muerte de su hijo, que se había enrolado como voluntario entre los primeros cien mil hombres que Inglaterra envió al continente, durante la Primera Guerra Mundial, ensombreció su vida. Muy reservado, nos ha dejado la menos íntima de las autobiografías y está bien que sea así; cualquier confidencia hubiera falseado su lejanía de caballero inglés. Curiosamente, fue devoto de Horacio, que lo acompañó durante largas noches de insomnio, y no de Virgilio.

Su imaginación, su delicada artesanía (craftsmanship), su oído, su economía verbal y su probidad son parejamente admirables. Poemas como Harp Song of the Dane Women o Chant-Pagan o The Runes on Weland's Sword no han sido superados. En 1901 publicó Kim, que pudorosamente definió como novela

picaresca, vale decir como una serie de irresponsables aventuras, pero que esencialmente es la historia de la salvación de dos hombres, uno por la vida contemplativa, el otro por la activa.

En muchos de sus cuentos abordó lo sobrenatural, que siempre se revela gradualmente, a diferencia de los cuentos de Poe. En The Wish House una mujer refiere a otra mujer una historia mágica y dolorosa; ambas son demasiado humildes para el asombro; aceptan lo increíble con la misma resignación con que aceptan los hechos cotidianos. Kipling, nativo de Bombay, supo el idioma hindi antes de llegar al inglés; un sikh me dijo que, leyendo A Sahib's War, sintió que cada frase había sido pensada en la lengua vernácula y luego traducida al inglés. La fiebre y la presencia del opio hacen que lo sobrenatural sea más verosímil. Sobre A Madonna of the Trenches, cuyo fondo es la guerra de 1914, cae la alta sombra del Canto V del Infierno.

The Eye of Allah no es un relato fantástico, pero es un relato posible.

De los cuentos que elegí para este volumen, quizá el que más me conmueve es The Gardener. Una de sus peculiaridades es que en él ocurre un milagro; la protagonista lo ignora pero el lector lo sabe. Todas las circunstancias son realistas, pero la historia referida no lo es.

Kim es la última novela que Kipling escribió, sólo en apariencia abandonó el género, cada uno de sus apretados relatos tiene el poderío y la densidad de una larga novela.

Jorge Luis Borges

La Casa de los Deseos

La nueva visitadora de la iglesia acababa de marcharse tras pasar veinte minutos en la casa. Mientras estuvo ella, la señora Ashcroft había hablado con el acento propio de una cocinera anciana, experimentada y con una buena jubilación que había vivido mucho en Londres. Por eso ahora estaba tanto más dispuesta a recuperar su forma de hablar de Sussex^[1], que le resultaba más fácil, cuando llegó en el autobús la señora Fettle, que había recorrido cincuenta kilómetros para verla aquel agradable sábado de marzo. Eran amigas desde la infancia, pero últimamente el destino había hecho que no se pudieran ver sino de tarde en tarde. Ambas tenían mucho que decirse, y había muchos cabos sueltos que atar desde la última vez, antes de que la señora Fettle, con su bolsa de retazos para hacer una colcha, ocupara el sofá bajo la ventana que daba al jardín y al campo de fútbol del valle de abajo.

—Casi todos se han apeado en Bush Tye para el partido de hoy —explicó—, de manera que me quedé sola la última legua y media. ¡Anda que no hay baches!

—Pero a ti no te pasa nada —dijo su anfitriona—. Por ti no pasan los años, Liz.

La señora Fettle sonrió e intentó combinar dos retazos a su gusto.

—Sí, y si no ya me habría roto la columna hace veinte años. Seguro que ni te acuerdas cuando me decían que estaba bien fuerte. ¿A que no?

La señora Ashcroft negó lentamente con la cabeza —todo lo hacía lentamente— y siguió cosiendo un forro de arpillera en un cesto de paja para herramientas adornado con cintas de algodón. La señora Fettle siguió cosiendo retazos a la luz primaveral que entraba entre los geranios del alféizar, y ambas se quedaron calladas un rato.

—¿Qué tal es esa nueva visitadora tuya? —preguntó la señora Fettle con un gesto hacia la puerta. Como era muy miope, al entrar casi se había tropezado con aquella señora.

La señora Ashcroft suspendió la gran aguja de coser el forro con un gesto tranquilo antes de pincharla.

—Salvo que no te cuenta nada de lo que pasa por ahí, no tengo nada especial contra ella.

—La nuestra, la de Keyneslade —dijo la señora Fettle— habla sin parar y es muy compasiva, pero no se para a escuchar. Dale que dale, que no la oyes más que a ella.

—Ésta no habla mucho. Yo creo que quiere hacerse de esas monjas protestantes, o algo así.

—La nuestra está casada, pero dicen que como si nada... —la señora Fettle levantó la barbilla huesuda—. ¡Dios mío! ¡Esos malditos autobuses arman un terremoto!

La casita revestida de azulejo tembló al paso de dos autobuses especiales de

cuarenta plazas que se dirigían al partido de Bush Tye; detrás de ellos humeaba el autobús « del mercado » de todos los sábados camino de la capital del condado, y de una de las tabernas abarrotadas salió un cuarto vehículo a sumarse a la procesión, impidiendo el paso de los coches que iban de excursión en sentido opuesto.

—Sigues teniendo la lengua tan larga como siempre, Liz —observó la señora Ashcroft.

—Sólo cuando estoy contigo. El resto del tiempo soy la típica agüelita: tres nietos ya.

Apuesto que ese cesto es para uno de tus nietos, ¿a que sí?

—Es para Arthur, el mayor de mi Jane.

—Pero no trabaja en ninguna parte, ¿verdad?

—No. Es para cuando van de gira.

—Tienes suerte. Mi Willie se pasa la vida pidiéndome dinero para comprar uno de esos arradios que pone la gente en el jardín para oír la música que dan de Londres y todo eso. Y encima se lo doy... ¡Si es que soy tonta!

—Y, ¿a que no te da un beso de gracias después? —la sonrisa de la señora Ashcroft parecía dirigirse a ella misma.

—Y tanto. Los chicos de ahora no se pueden comparar con los de hace cuarenta años. Muchos derechos y nada de obligaciones. ¡Y se lo aguantamos! ¡Si es que somos tontas! ¡Willie me pide tres chelines cada vez!

—Si es que se creen que el dinero crece en los árboles... —dijo la señora Ashcroft.

—Y la semana pasada —siguió la otra— mi hija va y pide un cuarto de libra de tocino al carnicero y va y le dice que se lo corte, que no va ella a molestarle en cortarlo.

—Apuesto que se lo cobró.

—Apuesto que sí. Me dijo que aquella tarde había una sesión de tresillos en la asociación de mujeres y que no iba a molestarle ella en picarlo.

—¡Mira que!

La señora Ashcroft dio los últimos toques al cesto. Apenas había terminado cuando llegó corriendo su nieto de dieciséis años, con una de las tantas muchachas que lo seguían a todas partes, recorrió el sendero del jardín preguntando a voces si ya estaba listo el cesto, lo agarró y se marchó sin dar las gracias. La señora Fettlely lo contempló atentamente.

—Van de gira no sé dónde —explicó la señora Ashcroft.

—¡Ah! —dijo la otra entornando los ojos—. Apuesto a que no las deja en paz si le dan una oportunidad. Ahora que lo pienso ¿a quién demonios me recuerda?

—Tienen que apañárselas por su cuenta... igual que nosotras a su edad —dijo la señora Ashcroft empezando a preparar el té.

—Tú sí que te las apañabas bien, Gracie —dijo la señora Fettlely.

—¿De qué hablas ahora?

—No sé... Pero de repente me acuerdo de aquella mujer de Rye... no me acuerdo cómo se llamaba... Barnsley, ¿no?

—Quieres decir Batten... Polly Batten.

—Eso es... Polly Batten. Aquel día que se te echó encima con un tenedor de la paja —era cuando íbamos a la trilla en Smalldene— por quitarle el novio.

—Pero, ¿no me oíste decirle que por mí se lo podía quedar? —la señora Ashcroft tenía la sonrisa y la voz más suaves que nunca.

—Claro, y todos creíamos que te iba a clavar el tenedor en el pecho cuando se lo dijiste.

—No... Polly nunca se pasaba. Era demasiado fuguillas para llegar hasta el final.

—Pues a mí siempre me pareció —dijo la señora Fettleby tras una pausa— que lo más tonto del mundo es que dos mujeres se peleen por un hombre. Es como un perro con dos amos.

—A lo mejor. Pero, ¿por qué te acuerdas ahora de todo eso, Liz?

—La cara del chico y la forma de andar. No lo había visto desde que era rapaz. A tu Jane no le vi nada así, pero este chico... *este chico*. ¡Pero si es como volver a ver a Jim Batten otra vez!... ¿Eh?

—A lo mejor. Las hay que lo dicen... claro que ellas son estériles.

—¡Ah! ¡Bueno, bueno! ¡Hay que ver, hay que ver!... Y ya hace años que murió Jim Batten...

—Veintisiete años —respondió brevemente la señora Ashcroft—. ¿Quieres servirlo tú, Liz?

La señora Fettleby sirvió las tostadas con mantequilla, el pan de higos, el té hervido, amargo como el pecado, conserva casera de peras y una cola de cerdo hervida, fría, para bajar los bollos. Lo elogió todo cumplidamente.

—Sí, a mí no me gusta maltratar la panza —dijo pensativa la señora Ashcroft—. Sólo se vive una vez.

—Pero, ¿no te sientes pesada a veces? —le sugirió su invitada.

—La enfermera dice que es más fácil que me muera de una indigestión que de la pierna —comentó la señora Ashcroft, que tenía desde hace mucho tiempo una úlcera en el tobillo para la que necesitaba la asistencia constante de la enfermera del pueblo, que presumía (o dejaba que lo hicieran otros por ella) que desde su toma de posesión le había hecho ya ciento tres curas.

—¡Y con lo dispuesta que has sido siempre! Te ha venido todo demasiado pronto. Mira que te he visto empeorar —dijo la señora Fettleby en tono verdaderamente afectuoso.

—A todos nos tiene que dar algo alguna vez. Entodavía me queda el corazón —fue la respuesta de la señora Ashcroft.

—Siempre has tenido un corazón que vale por tres. Da gusto recordarlo cuando va una apagándose.

—Bueno, tú también tienes cosas que recordar —contestó la señora Ashcroft.

—Y tanto. Pero no pienso demasiado en esas cosas salvo cuando estoy contigo, Gra. Para recordar no hay como las amistades.

La señora Fettlely, con la boca medio abierta, se quedó mirando el calendario de colores de la tienda de comestibles. La casita volvía a retemblar al paso de los automóviles, y el campo de fútbol repleto, al otro lado del jardín, hacía casi tanto ruido como los coches, porque la gente del pueblo estaba entregada a sus diversiones del sábado.

La señora Fettlely llevaba un rato hablando con gran precisión y sin interrumpirse, hasta que se secó los ojos.

—Y entonces —concluyó— me leyeron su esquila en los papeles el mes pasado. Claro que ya no era asunto *mío*... porque hacía tanto tiempo que no le había puesto la vista encima. Claro que no *podía* decir ni hacer nada. Y tampoco tengo derecho a ir a Eastbourne a ver su tumba. Llevo tiempo pensando en ir un día en el altobús, pero en casa me iban a freír a preguntas. De manera que ya no me queda ni *eso* para consolarme.

—¿Pero has tenido tus satisfacciones?

—¡Y tanto que sí! Los cuatro años que trabajó en el tren cerca de casa. Y los otros maquinistas le hicieron un funeral muy güeno.

—Entonces no puedes quejarte. ¿Otra taza de té?

Al ir bajando el sol, la luz y el aire habían ido cambiando, y las dos ancianas cerraron la puerta de la cocina para que no entrase el fresco. Se veía a un par de arrendajos que piaban y revoloteaban en los dos manzanos del jardín. Ahora le tocaba hablar a la señora Ashcroft, que tenía los codos puestos en la mesita del té y la pierna enferma apoyada en un taburete...

—¡Nunca lo hubiera creído! ¿Y qué dijo tu marido de todo eso? —preguntó la señora Fettlely cuando cesó el relato hecho en voz grave.

—Dijo que por él podía irme donde me diera la gana. Pero como estaba en cama dije que lo cuidaría. Ya sabía él que no iba a aprovecharme mientras estuviera así de malo. Duró ocho o nueve semanas. Entonces le dio como un ataque y se quedó varios días quieto como una piedra. Entonces un día se levanta en la cama y va y dice: «Reza para que ningún hombre te trate como me has tratado tú a mí.» Y yo digo: «¿Y tú?» Porque ya sabes *tú*, Liz, cómo era él con las mujeres. «Los dos», dice él, «pero yo me estoy muriendo y veo lo que te va a pasar». Se murió un domingo y lo enterramos el jueves... Y mira que lo había querido yo... antes o... no sé.

—No me lo habías dicho nunca —aventuró la señora Fettlely.

—Te lo digo por lo que acabas de decirme tú. Cuando se murió escribí para decir que ya estaba libre a aquella señora Marshall de Londres... con la que empecé de pincha de cocina hace... ¡tantos años, Dios mío! Se alegró mucho, porque

ellos se estaban haciendo viejos y yo ya sabía sus mañas. ¿Te acuerdas, Liz, que de vez en cuando me ponía a servir hace años... cuando necesitábamos dinero o mi marido... no estaba en casa?

—Es verdad que pasó seis meses en la cárcel de Chichester, ¿no? —murmuró la señora Fettleby—. Nunca supimos bien lo que había pasado.

—Podía haber sido más, pero el otro no murió.

—No tuvo que ver contigo, ¿verdad, Gra?

—¡No! Aquella vez fue por la mujer del otro. Y entonces, cuando se murió mi hombre, volví a ponerme a servir con los Marshall, de cocinera, a comer como los señores y a que todos me llamaran señora Ashcroft. Fue el año que te marchaste tú a Portsmouth.

—A Cosham —corrigió la señora Fettleby—. Entonces estaban construyendo bastante allí. Primero se fue mi marido y alquiló un cuarto, y después me fui yo.

—Bueno, pues me pasé un año o así en Londres y fue como un suspiro, con cuatro comidas al día y una vida de lo más tranquila. Entonces, hacia el otoño, se fueron los dos de viaje, a Francia o algo así, y me dijeron que volviera yo después, porque no podían pasarse sin mí. Puse la casa en orden para la guardesa y después me vine aquí con mi hermana Bessie, con todos los meses pagados y todo el mundo contento de volver a verme.

—Eso debió ser cuando yo estaba en Cosham —dijo la señora Fettleby.

—Te acordarás, Liz, que en aquellos tiempos la gente no andaba con aquellos orgullos tontos, igual que no había cines ni campeonatos de tresillos. Fueses hombre o mujer, tomabas cualquier trabajo que te dieran un chelín. ¿No es verdad? Yo estaba agotada después de Londres, y creí que el aire del campo me sentaría. Así que me quedé en Smalldene y echaba una mano cuando había que sacar las patatas tempranas o matar gallinas... Todo eso. ¡Anda que no se hubieran reído de mí en Londres si me hubieran visto con botas de hombre y las enaguas remangadas!

—¿Y te pintó bien? —preguntó la señora Fettleby.

—La verdad es que no fui allí por eso. Tú sabes tan bien como yo que las cosas nunca pasan hasta que han pasado. El corazón no te advierte de nada cuando te va a pasar algo hasta que ya te ha pasado. No nos enteramos de las cosas hasta que ya han pasado.

—¿Quién fue?

—Arry Mockler —dijo la señora Ashcroft, al mismo tiempo que hacía una mueca. Le dolía la pierna enferma.

—¿Arry? ¡El hijo de Bert Mockler! ¡Y yo *nunca* me lo malicié!

La señora Ashcroft asintió:

—Y yo me decía, y me lo creía, que lo que pasaba era que me gustaba trabajar en el campo.

—¿Y cómo fue?

—Lo de siempre. Al principio, estupendo... y después peor que nada. Debí haberme dado cuenta, porque tuve advertencias de sobra, pero no les hice caso. Porque una vez estábamos quemando basura, justo cuando estábamos empezando a conocernos bien. Era un poco demasiado pronto para quemarla, y se lo dije. « ¡No! », va y dice él, « cuanto antes acabemos con esta porquería, mejor », dice. Tenía un gesto muy duro cuando me dijo eso. Entonces me di cuenta de que me había encontrado con un hombre de verdad, que nunca me había pasado antes. Siempre había mandado yo.

—¡Sí, es verdad! O mandas tú o mandan ellos —suspiró la otra—. A mí me gustan las cosas como deben ser.

—A mí no, pero a 'Arry sí... Por entonces tenía yo que volverme a Londres. Me resultó imposible. ¡Lo juro! Conque fui y un lunes por la mañana me eché un chorro de agua hirviendo en el brazo izquierdo y en la mano. Así me podía quedar allí otros quince días.

—¿Y valió la pena? —preguntó la señora Fettle, contemplando la cicatriz blanquecina en el antebrazo arrugado de la señora Ashcroft.

Ésta asintió:

—Y después nos las arreglamos entre los dos para que él pudiera venir a Londres a buscar trabajo en unas cocheras cerca de donde estaba yo. Y se lo dieron. Ya me encargué yo. Su madre nunca se malició nada. Él se vino a Londres y ahí vivimos los dos, a menos de un kilómetro de distancia.

—Pero le pagarías el viaje tú... —dijo la señora Fettle, convencida de ello.

La señora Ashcroft volvió a asentir:

—Para él todo me parecía poco. Era mi hombre. ¡Ay, Dios mío! ¡Lo que nos reíamos cuando salíamos de paseo por aquellas calles adoquinadas al atardecer, aunque a mí me dolían los callos con aquellas botitas! Nunca lo había pasado así de bien. ¡Nunca en mi vida! ¡Y él tampoco!

La señora Fettle echó una risita de solidaridad.

—¿Y cómo fue que acabaron? —preguntó.

—Cuando me lo devolvió todo, hasta el último penique. Entonces lo comprendí, pero no *quería* comprenderlo. « Has sido muy amable conmigo », va y me dice. Y yo le digo: « ¡Amable! ¿Me dices eso a mí? » Pero él va y me sigue diciendo lo buena que he sido con él y que nunca en la vida lo va a olvidar. Estuve sin creérmelo dos o tres días, porque no *quería* creérmelo. Entonces va y me dice que no estaba contento con su trabajo en la cochera, y que los otros están abusando de él, y todas esas mentiras que cuentan los hombres cuando van a dejarla a una. Lo dejé que hablara todo lo que quisiera, sin ayudarlo ni discutirle. Cuando acabó de hablar me quitó un broche que me había regalado y le digo: « Vale. No te pido nada. » Y me di la güelta y me marché a sufrir a solas. Y él no insistió. Desde entonces no vino a verme ni me escribió. Se golvió otra vez a casa con su madre.

—¿Y estuviste mucho tiempo esperando a que volviera? —preguntó implacable la señora Fettlely.

—¡Y tanto!... ¡Y tanto! Cuando pasaba por las calles por las que habíamos ido juntos, me creía que hasta las piedras decían su nombre.

—Sí —dijo la señora Fettlely—. Yo creo que eso hace más daño que nada en el mundo. ¿Y no pasó nada más?

—No, nada. Eso es lo más raro de todo, aunque te parezca mentira, Liz.

—Te creo. Te apuesto que a estas alturas no vas a decir una mentira.

—Y tanto... Y sufrí como no se lo deseo a mi peor enemigo. ¡Dios mío! ¡Aquella primavera fue un infierno! Primero fueron los dolores de cabeza, que nunca había tenido en toda la vida. ¡Imagínate, yo con dolores de cabeza! Pero al final los prefería. Así no podía pensar...

—Es como el dolor de muelas —comentó la señora Fettlely—. Tiene que doler y doler hasta que ya no se puede soportar más... y entonces ya no queda nada.

—A mí me quedó bastante para *toda la vida*. Todo pasó por la muchacha de la señora de la limpieza. Se llamaba Sophy Ellis. Era todo ojos y codos y siempre tenía hambre. Yo le daba de comer. A veces no le hacía ni caso, y desde luego ni la miraba cuando pasó lo mío con 'Arry. Pero ya sabes lo que pasa a veces con las rapazas. Me cogió un cariño loco, y todo el tiempo me hacía arrumacos, y yo no tenía coraje para echarla... Una tarde, me acuerdo que era al principio de la primavera, su madre la había mandado a ver si podía sacarnos algo de comer. Yo estaba sentada al lado de la chimenea, con el mandil puesto por la cabeza, medio loca del dolor de cabeza, cuando va y entra la Sophy. Creo que le dije que me dejara en paz « ¡Anda!» va y dice « ¿No es más que eso? ¡Eso se lo quito yo en medio minuto!» Le dije que no me pusiera un dedo encima, porque creí que me iba a acariciar la frente... que a mí no me gustan esas cosas. « No la voy a tocar », va y dice, y vuelve a salir. No hacía ni diez minutos que ya se había ido cuando de pronto se me pasa el dolor de cabeza. Conque me puse a la faena. Pasa un rato y vuelve la Sophy y se sienta en mi silla, más callada que un muerto. Tenía unas ojeras asina de grandes y la cara toda consumida. Le pregunté qué le pasaba. Y va y dice: « Nada. Ahora lo tengo yo.» « Que tienes qué », digo yo. « Su dolor de cabeza », dice ella, toda ronca y apretando los labios. « Se lo he quitado. » Y yo le digo: « Bobadas; se me ha ido solo mientras tú andabas por ahí. Quédate ahí mientras te hago una taza de té. » « Eso no vale », dice ella. « Tiene que durarme lo mismo que a usted. ¿Cuánto tiempo le duran a usted los dolores de cabeza?» « No digas bobadas », le digo yo, « o mando a buscar al médico », porque parecía que tenía un ataque de anginas. « Ay, señora Ashcroft », dice ella, estirando los bracitos, « la quiero *tanto* ». Entonces no pude decir nada. Me la senté en el halda y le hice cariños. « ¿Se le ha pasado de verdad? », me dice. « Sí », le digo, « y si eres tú la que me lo has quitado, te lo agradezco de verdad ». « Claro que he sido yo », dice y me pone la cabeza en la

mejilla. «Yo soy la única que sabe de esas cosas.» Y entomices va y me dice que ha cambiado mi dolor de cabeza por el suyo en una Casa de los Deseos.

—¿Qué? —dijo la señora Fettle, muy extrañada.

—Una Casa de los Deseos. ¡No! Yo tampoco había oído hablar de nada por el estilo. Al principio no entendí nada, pero cuando me lo fue explicando vi que una Casa de los Deseos tenía que ser una casa deshabitada, sin nadie desde hacía mucho tiempo, para que viniera alguien a habitarla. Dijo que se lo había dicho una rapaza con la que jugaba en los establos donde trabajaba 'Arry. Dijo que la chica andaba con unos que venían en una caravana a pasarse los inviernos en Londres. Gitanos, digo yo.

—¡Aaah! Los gitanos saben muchas cosas, pero yo nunca había oído hablar de una Casa de los Deseos, y eso que he oído decir... tantas cosas —dijo la señora Fettle.

—Sophy dijo que había una Casa de los Deseos en Wadloes Road, unas manzanas más allá, camino de la tienda de comestibles donde comprábamos nosotros. No había más que llamar a la puerta y echar el deseo por la raja del buzón. Le pregunté si eran las hadas. Y va y me dice: «¿Pero no sabe usted que en las Casas de los Deseos no hay hadas? No hay más que un trasgo.»

—¡Dios mío de mi vida! ¿Dónde aprendió *esa* palabra? —exclamó la señora Fettle, porque en Sussex los trasgos son espíritus de los muertos o, lo que es todavía peor, de los vivos.

—Me dijo que se lo había dicho la chica de la caravana. Y, la verdad, Liz, aquello me dio miedo, y como la tenía en brazos, debe haberlo sentido, y la apreté fuerte y le digo:

«Eres muy amable de haberme quitado el dolor de cabeza, pero ¿por qué no te deseaste algo muy bonito para tí?» Y va y me dice: «No dejan. En la Casa de los Deseos lo único que te dejan es desear que si a alguien le pasa algo malo se te pase a ti. Cuando madre me trata bien, le quito los dolores de cabeza, pero es la primera vez que puedo hacer algo por usted. La quiero *tanto*, señora Ashcroft.»

Y va y sigue diciendo cosas por el estilo. Te aseguro, Liz, que de oírla hablar se me pusieron los pelos de punta. Le pregunté lo que era un trasgo y va y me dice: «No sé, pero cuando tocas el timbre oyes que viene corriendo del sótano y sube la escalera hasta la puerta. Entonces dices lo que deseas y te largas». Y yo digo: «¿El trasgo no te abre la puerta?» «¡Ni hablar!», dice ella. «No oyes más que unas risitas detrás de la puerta. Entonces dices lo que le quieres quitar a alguien al que quieres mucho y te lo pasa a tí», dice. No le pregunté nada más; la rapaza estaba demasiado cansada y tenía mucha calentura. La estuve haciendo arrumacos hasta que llegó la hora de encender el gas, y poco después se le pasó el dolor de cabeza, que debía de ser el mío, y se puso a jugar con el gato.

—¿Qué cosas! —dijo la señora Fettle—. Y, ¿le volviste a preguntar algo?

—Ella quería seguir hablando de aquello, pero yo no estaba dispuesta a hablar de

esas cosas con una niña.

—Y entonces, ¿qué hicistes?

—Cuando me venían los dolores de cabeza me quedaba sentada en mi habitación, detrás de la cocina. Pero no me se olvidó.

—Claro. Y, ¿te volvió a hablar de eso?

—No. Además, no sabía nada más que lo que le había contado la gitanilla, sólo que aquel encantamiento valía. Y después —aquello fue en mayo— me pasé el verano en Londres. Fueron semanas y semanas de mucho calor y con viento, y con las calles que apestaban a boñigas secas de caballo que el viento se llevaba de un lado para otro y se amontonaban en las aceras. Ahora ya no pasa eso. Tenía vacaciones justo antes de la recogida del lúpulo, y vine aquí a pasarlas con Bessie otra vez. Se dio cuenta que había adelgazado y que tenía ojeras.

—Y, ¿viste a 'Arry?

La señora Ashcroft asintió:

—Al cuarto... no, al quinto día. Un miércoles, fue. Yo sabía que había vuelto a trabajar a Smalldene. Le pregunté a su madre en la calle, con todo descaro. No pudo decirme mucho, porque estaba la Bessie y ya sabes lo que habla, y aquel día no paraba. Pero aquel miércoles había yo sacado a uno de los chicos de la Bessie que se me colgaba de las sayas, y cuando íbamos por la trasera de Chanter's Tot sentí que venía él por el sendero detrás de mí y por la manera de andar sentí que había cambiado en algo. Empecé a andar más despacio y sentí que él también. Entonces me paré un rato con el crío, para hacer que se me adelantara él. Y entonces *tuvo* que pasarme. Y va y no me dice más que: « Buenas », y sigue su camino, tratando de hacer como si no le pasara nada.

—¿Estaba bebido? —preguntó la señora Fettle.

—¡Ni hablar! Estaba como encogido y pálido, y le colgaba la ropa como si fuera un espantapájaros, y tenía la nuca blanca como el papel. Tuve que agarrarme para no abrir los brazos y llamarle. Pero tuve que tragar saliva hasta volver a casa y dejar a todos los críos en la cama. Y entonces, después de la cena voy y le digo a la Bessie: « ¿Qué demonios le ha pasado a 'Arry Mockler? » Y la Bessie va y me dice que se ha pasado dos meses en el hospital porque se ha cortado el pie con una pala cuando estaba vaciando el estanque de Smalldene. El barro estaba infestado y se le subió la infección por toda la pierna y luego por todo el cuerpo. No llevaba más que quince días de vuelta a su trabajo de carretero en Smalldene. La Bessie me dijo que el doctor había dicho que probablemente no aguantaría las primeras heladas de noviembre, y que su madre le había dicho que no comía ni dormía bien y que dejaba la cama empapada, aunque durmiera sin mantas. Y que escupía que daba miedo por las mañanas. « Hay que ver », digo yo, « qué pena. Pero a lo mejor con la recogida del lúpulo se pone güeno », y me traigo la costura y voy y enhebro la aguja a la luz de la lámpara, sin hacer ni un gesto. Aquella noche (me había puesto a dormir en el cuarto de la colada)

me la pasé llorando. Y ya sabes tú, que me has acompañado en los partos, que para que llore y tengo que estar muy a las malas.

—Sí, pero un parto no es más que dolor —dijo la señora Fettlely.

—Me desperté con el canto del gallo y me puse té frío en los ojos para que no me se notara. Y aquella tarde, cuando salía a poner unas flores en la tumba de mi hombre, para que no comentaran, me encontré con 'Arry donde está ahora el Monumento a los Caídos. Volvía de donde sus caballos, así que *no* podía verme. Le miro de arriba abajo y le digo: «'Arry, vente a descansar a Londres.» «No pienso», dice, «porque yo no puedo darte nada». Y yo le digo: «No te pido nada. ¡Por Dios que no te pido nada! Sólo que vengas a ver a un médico en Londres.» Y levanta los ojos cargados para mirarme y me dice: «No hay nada que hacer, Gra. No me quedan más que unos meses.» «¡Pero si tú eres *mi* hombre!», le digo. Y no pude decir nada más. Se me atragantaban las palabras. «Muchas gracias, Gra», dice (pero nunca me dijo que yo era su mujer), y sigue su camino y su madre, maldita sea, le estaba esperando, y cuando entró él en casa candó la puerta.

La señora Fettlely alargó un brazo por encima de la mesa, como para tocar en la muñeca a la señora Ashcroft, pero ésta retiró el brazo.

—Así que seguí hasta el cementerio con mis flores y me acordé de lo que me había dicho mi marido aquella noche. Era *verdad* que se estaba muriendo y había *pasado* lo que había dicho él. Pero cuando estaba poniendo las plantas en su tumba me di cuenta que si había algo que *podía* hacer yo por 'Arry. Diga lo que diga el doctor, pensé que podía intentarlo. Y fui y lo intenté. Aquella mañana llegó una cuenta de nuestra tienda de Londres. La señora Marshall me había dejado dinero para esas cosas, claro, pero yo le dije a la Bessie que era que tenía que ir a abrir la casa. Y me fui en el tren de la tarde.

—¡Ah! Pero, ¿no te daba... no te daba miedo?

—¿Por qué? No me quedaba ya nada más que mi vergüenza y la crueldad de Dios. Ya me había quedado sin 'Arry para siempre. ¿No? Sabía que iba a seguir ardiendo hasta quedarme consumida.

—¡Pobrecita! —dijo la señora Fettlely, volviendo a alargar el brazo, y esta vez la señora Ashcroft permitió que le tocara la muñeca.

—Pero me alegraba saber que por lo menos podría tratar de hacer algo por él. Y entonces fui y pagué la cuenta de la tienda y me metí el recibo en el bolso y fui a la casa de la señora Ellis, que era la que venía a hacer la limpieza, y le pedí las llaves y fui a abrir la casa. Primero me hice la cama (¡Dios mío! ¡Dormir en mi propia cama!). Después me hice una taza de té y me quedé sentada en la cocina, pensando todo el rato hasta el atardecer. Casi era de noche cuando me vestí y salí con el recibo y el bolso, haciendo como que estaba buscando unas señas. La casa era el número 14 de Waldoes Road, y era una de esas casitas con la cocina en el sótano, de esas casitas todas pagadas unas a otras con un jardincito delante y una

valla, y había veinte o treinta iguales. Tenía la pintura de la puerta agrietada y hacía años que no la habían pintado. En la calle no había casi gente; sólo gatos. ¡Y qué calor! Voy a la puerta de lo más natural, subo las escaleras y voy y toco al timbre. Sonó muy fuerte, como pasa siempre en las casas vacías... Cuando dejó de sonar oí como si retirasen una silla en la cocina. Después oí unas pisadas en la escalera de la cocina, como si fuera una mujer bien fuerte en zapatillas. Iban subiendo por la escalera hasta llegar al vestíbulo... oí cómo chirriaban los escalones... y se pararon delante de la puerta. Me inclino hacia la raja del buzón y digo: « Que me caiga a mí encima todo lo que le está pasando a mi hombre, 'Arry Mockler, porque le quiero.» Y entonces, lo que fuese que estaba al otro lado de la puerta dejó escapar el aliento, como si hubiera estado un rato sin respirar para oír mejor.

—Y, ¿no te *dijo* nada? —preguntó la señora Fettle.

—Nada. No hizo más soltar el aliento, como si dijera: *A-ah*. Después golvieron a sonar las pisadas que golvían a bajar a la cocina, como si arrastrase los pies... y sentí que golvían a arrastrar la silla.

—¿Y todo ese tiempo tú estabas en la puerta, Gra?

La señora Ashcroft asintió.

—Entonces me fui y me crucé con un hombre que va y me dice: « ¿No sabía usted que esa casa estaba vacía?» « No », le digo yo. « Deben de haberme dado mal el número. » Y me golví a nuestra casa y me acosté, porque ya no podía más. Hacía tanto calor que casi no se podía dormir, y me estuve dando paseos por la habitación, y durmiendo a ratos, hasta el amanecer. Entonces me fui a la cocina a hacerme el té y me di un golpe justo encima del tobillo con una de las tenazas de la cocina que la señora Ellis había sacado de su sitio la última vez que había ido a limpiar. Y después de eso me puse a esperar hasta que los Marshall golvieran de vacaciones.

—¿Tú sola? ¿Y no te daban ya miedo las casas vacías? —preguntó horrorizada la señora Fettle.

—Güeno, la señora Ellis y Sophy empezaron a venir en cuanto que se enteraron que había vuelto yo, y entre las tres golvimos a limpiar la casa de arriba abajo. En todas las casas siempre queda algo que hacer. Y así me pasé todo el otoño y el invierno, allá en Londres.

—¿Y no pasó nada con lo que habías hecho?

La señora Ashcroft sonrió:

—No. Entonces no. En noviembre le mandé diez chelines a la Bessie.

—Siempre has sido muy generosa —interrumpió la señora Fettle.

—Y recibí lo que esperaba, con todas las demás noticias. Me decía que con la recogida del lúpulo él se había puesto estupendo. Había estado en la recogida seis semanas y ahora estaba otra vez en Smalldene, con los caballos. A mí no me importaba *cómo* había sido eso, con tal que estuviera bien. Pero no creas que mis

diez chelines sirvieron para tranquilizarme mucho. Si 'Arry se hubiera muerto, entonces sería mío hasta el Día del Juicio. Pero 'Arry vivo, seguro que iba a liarse con alguna en cuanto pudiera. Aquello me tenía cabreada. Y cuando llegó la primavera me empezó a fastidiar otra cosa. Me había salido una especie de divieso con mucha pus en la pierna, justo encima de la bota y no se me cerraba nunca. Me daba asco mirarlo porque yo he sido siempre de piel muy fuerte. Ya me pueden dar un hachazo, que en seguida se cierra la herida, como quien cava la tierra. Entonces la señora Marshall hizo que me viniera a ver su propio doctor. El doctor me dijo que tendría que haberle consultado mucho antes, en lugar de llevar meses vendándomelo con una media de color. Me dijo que en el trabajo me pasaba demasiado tiempo de pie, porque el divieso estaba al lado de una vena hinchada, por detrás del tobillo. Y va y me dice: « Va a tardar en quitársele tanto como tardó en ponérsele así. Ponga la pierna en alto y descánsela », dice, « y pronto se le pasará. Más vale que no cierre en seguida. Tiene usted la pierna muy fuerte, señora Ashcroft ». Y va y me pone unas hilas húmedas.

—Hizo bien —dijo convencida la señora Fettley—. A las heridas que supuran se les ponen hilas húmedas. Se tragan la pus, igual que la mecha de la lámpara se traga el aceite.

—Es verdad. Y la señora Marshall se pasaba el rato haciéndome pasar más tiempo sentada y casi se me cerró. Y después me hicieron venir con la Bessie para acabar de curarme, porque no soy de las que les gusta estar sentada cuando hay algo que hacer. Entonces era cuando golviste tú al pueblo, Liz.

—Sí, pero la verdad es que no me sospechaba nada.

—Yo no quería que sospecharas nada —sonrió la señora Ashcroft—. Vi a 'Arry dos o tres veces por la calle y estaba estupendo; había engordado y estaba curado del todo. Entonces, un día y a no le vi y su madre me dijo que uno de los caballos le había dado una coz en la cadera. Estaba en cama, con muchos dolores. Y la Bessie va y le dice a su madre que era una pena que 'Arry no estuviera casado para que su mujer se encargara de cuidarle. ¡Cómo se puso la vieja! Nos dijo que 'Arry no había mirado a una mujer en toda su vida, y que mientras ella viviera le cuidaría sin parar. Y por eso me di cuenta de que le vigilaría como un perro, y encima sin pedir ni un hueso.

La señora Fettley reía en silencio.

—Aquel día —continuó la señora Ashcroft— estuve todo el tiempo sin dormir, y vi cómo iba y venía el doctor porque creían que también le había dado en las costillas. Eso hizo que me se volviera a reventar el grano y me saliera toda la pus. Pero resultó que 'Arry no tenía nada en las costillas, y pasó bien la noche. Cuando me enteré, a la mañana siguiente, me digo: « *Todavía* no voy a pensar nada. No voy a descansar la pierna en toda la semana, a ver qué pasa. » Aquel día no me dolió, era más bien como si me fuera quedando sin fuerzas, y 'Arry volvió a pasar bien la noche. Entonces seguí igual, pero no me atreví a pensar

nada hasta el fin de semana, que 'Arry volvió a levantarse, casi como si nada, sin heridas por dentro ni por fuera. Casi me puse de rodillas en el lavadero cuando salió la Bessie a la calle, y digo: « Ahí te tengo, muchacho. Todo lo güeno que te pase hasta que yo me muera te vendrá de mí, aunque tú no lo sepas. ¡Dios mío, haz que viva mucho tiempo, por el bien de 'Arry!», digo. Y creo que aquello me alivió los dolores.

—¿Para siempre? —preguntó la señora Fettlely.

—Han vuelto muchas veces, pero por fuertes que fueran, yo *sabía* que era por él. Lo sabía. Fui y me puse a controlar los dolores, igual que se controla una cocina, hasta que aprendí a tenerlos cuando quería yo. Y aquello también era muy raro, Liz. Había veces que el grano se encogía y se secaba. Al principio yo hacía todo lo posible para que me golviera, porque me daba miedo dejar a 'Arry demasiado tiempo solo por si le pasaba algo. Y después comprendí que aquello era porque estaba bien y así fue cómo me salvé.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó la señora Fettlely, interesadísima.

—A veces me he pasado casi un año sin que se viera más que la punta del granito. Estaba seco y chiquitísimo. Luego se volvía a inflamarse, como un aviso, y me dolía. Cuando ya no podía más, porque tenía que seguir haciendo mi trabajo de Londres, ponía la pierna en una silla hasta que se aliviaba. Pero tardaba su tiempo. Entonces sabía, por aquella sensación, que a 'Arry le pasaba algo. Y le mandaba cinco chelines a la Bessie, o les mandaba algo a los niños, para enterarme de si a lo mejor es que le pasaba algo porque yo me había descuidado. ¡Y eso era! Año tras año conseguí cuidar de él, Liz, y todo lo güeno que le pasó fue gracias a mí... años y años.

—Pero, ¿de qué te valió todo eso a ti, Gra? —casi sollozó la señora Fettlely—. ¿Le veías mucho?

—A veces, cuando me venía a pasar aquí las fiestas. Y cuando me vine aquí para siempre, más. Pero nunca me ha hecho caso, ni a mí ni a ninguna otra mujer, más que a su madre. ¡Cómo le vigilaba yo! Y ella también.

—¡Tantos años! —dijo la señora Fettlely—. Y, ¿dónde trabaja ahora?

—Hace mucho que dejó lo de los caballos. Ahora trabaja en una de esas casas grandes de tractores, de esas que también hacen arados y algunos camiones. Me han dicho que hay veces que los lleva hasta Gales. Para las fiestas viene a ver a su madre, pero ahora hay veces que me paso semanas sin verle. ¡Me da igual! Con su trabajo, nunca se puede quedar mucho tiempo en el mismo sitio.

—Pero, es un decir, suponte que 'Arry fuera y se casara —dijo la señora Fettlely. La señora Ashcroft dio un respingo entre los dientes, iguales y sin puentes.

—Nunca se me ha ocurrido *eso* —respondió—. Supongo que se me tendrían en cuenta todos mis dolores. ¿No, Liz?

—Es lo que debería pasar, hija. Es lo que debería pasar.

—La *verdad* es que a veces duele mucho. Ya verás cuando venga la enfermera.

Se cree que no me he enterado de lo que es.

La señora Fettlely comprendió. La naturaleza humana raras veces se permite pronunciar la palabra « cáncer » .

—¿Estás totalmente segura, Gra? —pregunto.

—Ya estaba segura cuando el señor Marshall me mandó a subir a su estudio y me estuvo hablando un rato largo de que había sido una sirvienta muy fiel y les había servido mucho tiempo, pero no el suficiente para que me dieran una pensión. Pero me pasarían una cantidad semanal. Ya sabía yo lo que significaba eso... y ya hace tres años.

—Eso no demuestra nada, Gra.

—¿Pasarle 15 chelines a la semana a una mujer que lógicamente tenía veinte años de vida por delante? ¡Claro que sí!

—¡Te equivocas, te equivocas! —insistió la señora Fettlely.

—Liz, *no* me puedo equivocar cuando los bordes están todos dados la vuelta, como... como un cuello de camisa arrugado. Ya lo verás. Y además, yo amortajé a Dora Wickwood. *A ella* le había dado debajo del sobaco.

La señora Fettlely se quedó pensativa un rato e inclinó la cabeza como rindiéndose.

—¿Cuánto tiempo crees que te queda a partir de ahora, hija?

—Igual que tardó en venir, tardará en irse. Pero si no te veo antes de la próxima recogida del lúpulo, ésta será nuestra despedida, Liz.

—No sé si podré venir antes, si no tengo un perrito que me guíe. Los niños no quieren molestar. ¡Ay, Gra! Me estoy quedando ciega... ¡Me estoy quedando ciega!

—¡Ah!, ¿por eso no has hecho más que tocar y retocar la colcha todo este rato? Ya me decía yo... Pero sí que va a contar el dolor, ¿no crees, Liz? Sí que contará el dolor para que 'Arry siga... donde quiero yo. Dime que no ha sido todo para nada.

—Estoy segura... segura, hija. Tendrás tu recompensa.

—Eso es lo único que quiero... Si es que me tienen en cuenta el dolor.

—Seguro, seguro, Gra.

Llamaron a la puerta.

—Es la enfermera. Se ha adelantado —dijo la señora Ashcroft—. Ábrela.

Entró la joven a paso animado, con un bolso lleno de frasquitos tintineantes.

—Buenas tardes, señora Ashcroft —saludó—. He venido un poquito más temprano que de costumbre por lo del baile de esta noche en la Institución. ¿Verdad que no le importa?

—No, no. A mí ya se me pasó la edad de bailar —dijo la señora Ashcroft, recuperando su tono de sirvienta discreta—. Aquí mi vieja amiga, la señora Fettlely, me ha estado haciendo compañía.

—Espero que no la haya fatigado a usted —dijo la enfermera en tono un tanto

frío.

—Todo lo contrario. Ha sido un placer. Sólo que... sólo que al final me he sentido un poco cansada.

—Claro, claro —la enfermera ya se había puesto de rodillas y tenía unas gasas en la mano—. Cuando se reúnen las señoras mayores, hablan demasiado. Ya me he dado yo cuenta.

—A lo mejor tiene usted razón —dijo la señora Fettle, poniéndose en pie—. Así que me voy.

—Pero antes, míralo —dijo la señora Ashcroft con voz apagada—. Me gustaría que lo vieras.

La señora Fettle lo miró y sintió un escalofrío. Después, se inclinó, dio un beso suave a la señora Ashcroft en la frente macilenta y otro en los ojos grises desvaídos.

—*Sí* que cuenta, ¿verdad? ¿El dolor? —aquellas palabras apenas si traspasaron los labios, que todavía mostraban huellas de su antigua línea.

La señora Fettle se los besó y se fue hacia la puerta.

Una guerra de sahibs

¿Un pase? ¿Un pase? ¿Un pase? Ya tengo un pase que me permite ir en el *rêl* de Kroomstadt a Eshtellenbosch, donde están los caballos, donde me tienen que pagar y desde donde me vuelvo a la India. Soy soldado del Gurgaon Rissala (regimiento de caballería) n.º 141 de la Caballería del Panyab. Que no me metan con esos cafres negros. Yo soy un sij, un soldado del Estado. ¿No entiende el teniente-sahib mi forma de hablar? ¿Es que hay *algún* sahib en este tren que esté dispuesto a interpretar a un soldado del Gurgaon Rissala que se ocupa de sus cosas en este endemoniado país en el que no hay harina, ni aceite, ni especias, ni guindilla, ni se respeta a un sij? ¿No me quiere ayudar nadie?... ¡Dios sea loado, aquí viene uno de esos sahibs! ¡Protector de los pobres! ¡Hijo del cielo! Dile al joven teniente-sahib que me llamo Umr Singh; que soy —era— el asistente de Kurban Sahib, ya muerto, y tengo un pase para ir a Eshtellenbosch, donde están los caballos. ¡Que no me metan con esos cafres negros!... Sí, me quedaré sentado junto a este camión hasta que el Hijo del cielo haya explicado el asunto a ese joven teniente-sahib que no entiende nuestro idioma.

¿Qué órdenes? ¿El joven teniente-sahib no va a detenerme? ¡Muy bien! ¿Voy a Eshtellenbosch en el próximo *terén*? ¡Muy bien! ¿Voy con el Hijo del cielo? ¡Bien! Entonces, por el día de hoy soy el asistente del Hijo del cielo. ¿Querrá el Hijo del cielo llevar el honor de su Presencia a un asiento? Aquí hay un camión vacío; voy a poner mi manta en un rincón, así, porque cae un sol muy fuerte, aunque no tan fuerte como en nuestro Panyab en mayo. La coloco así y pongo la paja así para que la Presencia pueda sentarse con comodidad hasta que Dios nos envíe un *terén* para Eshtellenbosch...

¿La Presencia conoce el Panyab? ¿Lahore? ¿Amritsar? ¿Attaree, quizá? Mi pueblo está en el campo, a tres millas al norte de Attaree, cerca de la gran casa blanca que copiaron de un sitio que tiene la Gran Reina cerca de... cerca de... se me olvida el nombre. ¿Puede recordarlo la Presencia? ¡Sirdar Dyal Singh Attareewalla! Sí, ese mismo, pero, ¿cómo lo sabe la Presencia? Ah, nació y se crió en el Hind, ¿eh? ¡Oh, oh, oh! entonces se entiende. ¿El ama de cría del sahib fue una mujer surtí de la parte de Bombay? Eso es una pena. Debería haber sido una moza del campo porque son las amas de cría más fuertes. No hay tierra como el Panyab. No hay nadie como los sij. Sí, me llamo Umr Singh. ¿Viejo? Sí. ¿Y nada más que soldado raso al cabo de tantos años? Sí. Mire mi uniforme si lo duda el sahib. No... no. El sahib mira demasiado de cerca. Hace mucho tiempo que hubo que arrancar todos los galones, pero... pero es verdad... no llevo un capote de paño ordinario, como el de los soldados rasos y —el sahib tiene muy buena vista— esa señal negra es como las que dejan las cadenas de plata cuando se llevan mucho tiempo al pecho. ¿Dice el sahib que los soldados raso no llevan cadenas de plata? Noooo. ¿Que los soldados rasos no llevan la Orden de la India

Británica? No. El sahib debería haber estado en la policía del Panyab. No soy soldado raso, pero fui el asistente de un sahib casi un año: porteador, mayordomo, batidor, todo al mismo tiempo. ¿Dice el sahib que los sij no hacen tareas de servicio? Es cierto, pero era con Kurban Sahib, mi Kurban Sahib, ¡y murió hace tres meses!

Era joven, tenía la tez de color vivo y los ojos azules y se balanceaba un poco al andar cuando estaba contento, y se chasqueaba los nudillos. Igual que antes de él su padre, que había sido Alto comisario adjunto de Jullundur en tiempos de mi padre, cuando yo cabalgaba con el Gurgaon Rissala. ¿Mi padre? Jwala Singh, un supersij: combatió contra los ingleses en Sobraon y llevó las cicatrices hasta su muerte. Por eso estábamos unidos por un lazo de sangre por así decirlo, yo y mi Kurban Sahib. Sí. primero fui soldado de caballería, aunque me acuerdo que llegué a Duffadar de Lanzas, y aquel día mi padre me regaló un caballo alazán que había criado él mismo; y *él* era un baba pequeñito que estaba sentado en un muro del campo de instrucción con su aya —todo vestido de blanco, sahib— y se reía cuando terminamos la instrucción. Y su padre y el mío estaban hablando, y el mío me llamó y yo desmonté, y el baba me puso una mano en la mía, hace ya dieciocho... veinticinco... veintisiete años. Kurban Sahib, ¡Mi Kurban Sahib! ¡Ah, qué amigos nos hicimos desde entonces! Como dice el refrán, echó los dientes en el pomo de mi sable. Me llamaba el Gran Umr Singh, en realidad Gan Um Sin, porque todavía hablaba con media lengua. No sería más que así de alto, sahib, mirado desde el fondo de este camión, pero conocía a todos nuestros soldados por su nombre, a todos... Y después se fue a Inglaterra y volvió ya hecho un hombre, y se balanceaba un poco al andar y se chasqueaba los nudillos, y volvió a su regimiento de siempre y conmigo. No se le habían olvidado nuestro idioma ni nuestras costumbres. En el fondo de su corazón era un sij, sahib. Era rico, generoso, justo, amigo de los soldados pobres, de mirada penetrante, bromista y descuidado. Podría contar mil cosas de él en sus primeros años. *A mí* no me disimulaba nada. Yo era su Unir Singh, y cuando estábamos a solas me llamaba padre, y yo lo llamaba hijo. Sí, así nos hablábamos. Hablábamos con libertad de todo: de la guerra, de mujeres, de dinero, de ascensos, de todo.

También hablamos de esta guerra, mucho antes de que llegara. Había muchos wallahs de esos que llevan cajas, buhoneros, y unos cuantos patanes, en este país, sobre todo en la ciudad de Yunasbagh (Johannesburgo) y todas las semanas mandaban noticias de que los sahibs estaban sin armas y pisoteados por los boer-log, y de que por las calles subían y bajaban los cañones para mantener en orden a los sahibs, y de que un sahib llamado Eger Sahib (¿Edgar?) cayó asesinado por un boer-log que lo mató porque sí, para divertirse. ¿Sabe el sahib que los del Hind nos enteramos de todo lo que pasa en la tierra? No se armaba una pistola en Yunasbagh sin que llegara su eco al Hind antes de un mes. Los sahibs son muy listos, pero olvidan que con su propia inteligencia han creado los *dak* (los

correos), y de que por un ana o dos se entera uno de todo. Los del Hind escuchamos, y oímos, y nos preguntamos, y cuando ya no había duda, según decían los buhoneros y los verduleros, de que los sahibs de Yunasbagh estaban sometidos a los boer-log, algunos de nosotros hicimos unas preguntas y esperamos a ver qué pasaba. Otros interpretaron mal el significado de los indicios. ¡Y entonces, sahib, vino la larga guerra del Tirah! Eso ya lo sabía Kurban Sahib, y hablamos los dos. Me dijo: «No hay prisa. Dentro de poco entraremos en combate y lucharemos por todo el Hind en ese país donde está Yunasbagh.» Y decía verdad. ¿No está de acuerdo el sahib? Claro que sí. Los sahibs hacen esta guerra por el Hind. No se puede mandar en un sitio y obedecer en el otro. O se manda en todos los sitios o se obedece en todos. Dios no hace a las naciones para que sean unas veces unas cosas y otras veces otras. ¡Es cierto, es cierto, es cierto!

Y así fueron madurando las cosas, pasito a paso. A mí no me importaba nada, salvo —no sé si el sahib estará de acuerdo conmigo— que es tonto hacer un ejército y dejar que se muera de aburrimiento. ¿Por qué no han pedido que vengan los hombres del Tirah, los hombres de Tochi, los hombres de Bunner? Una estupidez, una y mil veces. *Nosotros* lo podríamos haber hecho con tanta facilidad... con tanta facilidad. Y entonces, un día, Kurban Sahib me manda a buscar y me dice: «Eh, Dada, estoy enfermo y el médico me ha dado un certificado de muchos meses.» Y me guiña un ojo y yo le digo: «Pido permiso y te cuido, hijo. ¿Quieres que lleve el uniforme?» Y me dice: «Sí, y un sable para que se apoye el enfermo. Vamos a Bombay y de allí por mar al país de los hubshis (los negros).» ¡Qué listo era! Fue el primero de todos los hombres de nuestros regimientos indígenas que pidió permiso de enfermedad para venir aquí. Ahora no dejan a nuestros oficiales que se marchen, enfermos ni sanos, si no firman una promesa de no venir a esta guerrita del otro lado del charco. Pero *él* era muy listo. Cuando pidió el permiso de enfermedad ni siquiera se hablaba de la guerra. ¿Si yo vine también? Claro que sí. Me fui a mi coronel y allí sentado en mi silla (porque tengo —o tenía— grado para que me pusieran una silla cuando iba a hablar con el coronel) le dije: «Mi hijo está enfermo. Dame permiso, porque estoy viejo y también yo estoy enfermo.»

Y el coronel, haciendo un juego de palabras entre el inglés y nuestro idioma, me dijo: «Sí, es verdad que eres un auténtico *sij*»^[2]. Y me llamó viejo sinvergüenza, en broma como hace un militar con otro, y dijo que mi Kurban Sahib había mentido acerca de su salud (también era verdad), y al final se puso en pie y me dio la mano y me dijo que tenía que traer a mi sahib sano y salvo. ¡Mi sahib sano y salvo, ay de mí!

Así que me fui a Bombay con Kurban Sahib, pero allí, al ver el Agua Negra, Wajib Ali, su porteador, se echó atrás y dijo que había muerto su madre.

Entonces le dije a Kurban Sahib: «¿Qué más da un cerdo musulmán más o menos? Dame las llaves de los baúles y yo te pondré las camisas blancas a la hora de la cena.» Después le di una paliza a Wajib Ali detrás del hotel Watson y aquella noche le preparé las navajas de afeitar a Kurban Sahib. Te aseguro, sahib, que yo, un sij de la Jalsa, que tengo prohibido cortarme ni un pelo, le preparé las navajas de afeitar. Pero mientras lo hacía no llevaba el uniforme. En cambio, Kurban Sahib me tomó en el barco un cuarto exactamente igual que el suyo, y quería que yo tuviera un asistente. Camino de este país hablamos de muchas cosas, y Kurban Sahib me dijo cómo se iba a llevar esta guerra, según le parecía. Dijo: « Han traído a tropas de infantería para combatir a la caballería, y como son idiotas van a tratar con compasión a esos boer-log, porque se creen que son blancos.» Y dijo: « En esta guerra no hay más que un problema, y es que el gobierno no nos ha empleado a *nosotros*, sino que la ha convertido en una guerra de sahibs. Por eso van a morir muchos hombres, y no habrá venganza.» ¡Qué verdad era... qué verdad era! Pasó todo lo que había dicho Kurban Sahib.

Y llegamos aquí, e incluso a Ciudad de El Cabo, todavía más lejos, y Kurban Sahib dijo: « Lleva el equipaje al gran dak-bungalow, mientras yo miro a ver si hay un empleo para un enfermo como yo.» Me puse el uniforme de mi grado y fui al gran dak-bungalow, que se llamaba Maun Nihal Seyn^[3], e hice que pusieran el equipaje más pesado en esa parte oscura de abajo —¿la conoce el sahib?—, que ya estaba llena de las espadas y los equipajes de los oficiales. Ahora está más llena todavía, ¡pero son todas pertenencias de los que han muerto! Me aseguré de que me daban un recibo de todo lo que dejaba. Lo llevo en el cinturón. Todo debe volver al Panyab.

Pronto llegó Kurban Sahib, balanceándose un poco al andar, señal que ya sabía yo indicaba algo, y dijo: « Hemos nacido en una hora de suerte. Vamos a Eshtellenbosch a supervisar el envío de los caballos.» Recuerda que Kurban Sahib era jefe de escuadrón del Gurgaon Rissala, y yo era Umr Singh. Así que dije, hablando como solemos —como solíamos— cuando no había nadie cerca: « Tú vas de mozo y yo a cortar hierba, pero ¿es esto un ascenso, hijo?» Él se echó a reír y contestó: « Así es como podremos hacer después cosas mejores. Ten paciencia, padre.» (Sí, me llamaba padre cuando no había nadie cerca.) « Esta guerra no va a terminar mañana ni pasado. He visto a los nuevos sahibs », dijo, « y son padres de búhos; ¡todos ellos! ¡todos! ¡todos!» .

Así que nos fuimos a Eshtellenbosch, donde están los caballos. Kurban Sahib hizo el oficio de criado todos aquellos días. Y todo pasó sin que se dieran cuenta los nuevos sahibs de sabe Dios dónde, que nunca habían visto montar una tienda ni clavar un poste. Tenían mucho celo, pero no sabían nada de nada. Después fueron llegando poco a poco del Hind esos patanes, esos sí que son como buitres, sahib, siempre siguen a los muertos. Y después llegaron a Eshtellenbosch algunos sij —aunque eran muzbis— y algunos de esos de Madrás que son como monos.

Llegaron con caballos. Puttiala envió caballos. Jhind y Nabha enviaron caballos. Todas las naciones de la Jalsa enviaron caballos. De todos los puntos de la tierra llegaban caballos. Dios sabe lo que hacía el ejército con ellos, salvo que se los comiera crudos. Usaban los caballos igual que una cortesana usa sus afeites: a manos llenas. Esos caballos necesitaban muchos hombres. Kurban Sahib me designó para el mando (¡vaya un mando para mí!) de unos individuos peludos —*Hubshis*— cuyo contacto y cuya sombra ensucian. Comían muchísimo, dormían boca abajo, se reían por cualquier cosa; eran igual que animales. A unos los llamaban fingos y a otros, creo, cafres rojos, pero eran todos cafres: increíblemente sucios. Les enseñé a dar de beber y de comer a los caballos, y a pasarles la almohaza y a barrer. Sí, tuve que supervisar el trabajo de unos barrenderos, me convertí en *jemadar* de *mehtars* (jefe de un equipo de basureros), y Kurban Sahib era poco más que yo, y así pasaron cinco meses. La guerra continuó como había previsto Kurban Sahib. Mataban a nuestros recién llegados y nadie los vengaba. Era una guerra de idiotas armados con armas de magos. ¡Cañones que mataban a una distancia de medio día de marcha y hombres que, como eran novatos, marchaban a ciegas en las hierbas altas y a los que los boer-log manejaban como si fueran ganado! En cuanto a la ciudad de Eshtellenbosch, yo no soy un sahib, sólo un sij. Yo habría acuartelado un solo escuadrón del Gurgaon Rissala en esa ciudad —un solo escuadrón— y habría enseñado a esa ciudad hasta que sus hombres aprendieran a besar la sombra de un caballo del gobierno en el suelo. En Eshtellenbosch hay muchos *mullahs* (sacerdotes). Predicaban la Yihad contra nosotros. Es verdad; lo sabía todo el campamento. ¡Y la mayor parte de las casas tenían techo de paja! ¡Claro que era una guerra de idiotas!

Al cabo de cinco meses mi Kurban Sahib, que había adelgazado mucho, me dijo: «Ha llegado nuestra recompensa. Mañana vamos al frente con muchos caballos, y cuando salgamos me pondré demasiado enfermo para volver. Prepara el equipaje.» Así que nos fuimos con unos cuantos cafres a cargo de caballos nuevos para un regimiento nuevo que acababa de llegar en barco. Al segundo día de *terén*, cuando estábamos aguando en un sitio desolado en que no había ni un bazar, de una de las cajas de los caballos va y sale un tal Sikandar Jan, que había sido *jemadar* de *saises* (jefe de mozos) en Eshtellenbosch, y que en el servicio era soldado de un regimiento de la Frontera. Kurban Sahib le reprendió mucho por desertar, pero el patán levantó las manos para excusarse y Kurban Sahib se ablandó y lo añadió a nuestro servicio. Así que ya éramos tres: Kurban Sahib, yo y Sikandar Jan: Sahib, sij y *sag* (perro). Pero el hombre dijo con razón: «Estamos lejos de nuestras casas y ambos estamos al servicio del Raj. Hagamos tregua hasta que volvamos a ver el Indo.» Y he comido del mismo plato que Iskandar Jan... ¡hasta carne de vaca, que yo sepa! La noche que robó carne de cerdo de una lata de un comedor de oficiales dijo que en su Libro, el Corán, está

escrito que quien hace una guerra santa está exento de las obligaciones rituales. ¡Bah! No tenía más religión de la que recoge la punta de la espada de azúcar y agua en el momento del bautismo. Se robó un caballo en un sitio donde estaba acampado un regimiento de reclutas inexpertos. Yo también me procuré allí mismo un caballo gris. Esos regimientos nuevos dejaban demasiado sueltos a sus caballos.

¡Claro que algunos regimientos de desvergonzados se hubieran llevado a *nuestros* caballos en el camino! Nos enseñaban órdenes por duplicado y requisas de caballos, y una o dos veces nos hubieran desenganchado los vagones, pero Kurban Sahib era sabio, y yo tampoco soy tonto de remate. En el frente no hay demasiada honradez. Sobre todo, había un grupo de ladrones de caballos empedernidos; sahibs altos y rubios, que hablaban con voz nasal y decían constantemente:

« ¡Qué diablo! », que en nuestra lengua significa *jehannum ko jao*. Todos ellos llevaban en el uniforme una hoja de parra, y montaban a caballo como rajputs. No, montaban a caballo como sij. ¡Montaban como los ustralianos! Los ustralianos, con los que nos tropezamos después, también hablaban no poco con voz nasal, y eran hombres altos y morenos, con los ojos claros y grises, con muchas pestañas, como los ojos de los camellos; eran gente muy limpia, un tipo de sahib que yo no conocía hasta entonces. Siempre decían en su lengua así como « no hay miedo » que en nuestra lengua significa *durromut*, de manera que los llamábamos los *durromuts*. Hombres altos y morenos, excelentísimos caballistas, peleadores y calenturientos, que hacían la guerra *como* la guerra, y que bebían té igual que un montón de arena se bebe el agua. ¿Que si robaban? Un poco, sahib. Sikandar Jan me juró —y procede de un clan que lleva diez generaciones robando caballos— que un patán era un niño de teta al lado de un *durromut*, en eso de robar caballos. Los *durromuts* no saben andar a pie. Andan como las gallinas en el camino real. Por eso tienen que tener caballos. Son gente muy buena, sólo que les gusta la guerra.

« No hay miedo », dicen los *durromuts*. Ellos sí que vieron lo que valía Kurban Sahib. Ellos no le dijeron que se pusiera a barrer establos. Ellos no querían en absoluto que se fuera. Lo tomaron de sustituto de uno de sus jefes de escuadrón que estaba con fiebre, una jornada muy larga en una parte llena de cerros, como la desembocadura del Jaibar, y cuando volvieron a la noche, los *durromuts* dijeron: « ¡Wallah! Éste sí que es un hombre. ¡Tenemos que quedarnos con él! » Y se quedaron con mi Kurban Sahib, igual que se hubieran quedado con cualquier cosa que necesitaran, y enviaron de vuelta a Eshtellenbosch a un oficial enfermo en su lugar. Así fue como Kurban Sahib volvió a su lugar, conmigo de porteador y Sikandar Jan de cocinero. La ley era que esta guerra era estrictamente para los sahibs, pero ninguna orden decía que el porteador y su cocinero no pudieran

cabalgar con su sahib, y no teníamos nada que ponernos, más que nuestros uniformes. Recorrimos a caballo este país maldito, donde no hay bazares, ni garbanzos, ni harina, ni aceite, ni especias, ni guindilla, ni leña; nada más que trigo crudo y algo de ganado. No vi que hubiera grandes batallas, pero sí muchos cañonazos. Cuando nosotros éramos muchos, los boer-log salían a saludarnos y ofrecernos café, y nos enseñaban los *purwanas* (permisos) que les habían dado unos generales ingleses idiotas que habían pasado por allí antes y que decían que ellos eran pacíficos y estaban bien dispuestos. Cuando éramos pocos, se escondían detrás de unas peñas y disparaban contra nosotros. Pero la orden era que éstos eran sahibs y que era una guerra de sahibs. ¡Muy bien! Pero tal como yo lo entiendo, cuando un sahib va a la guerra se pone la ropa de guerra y los únicos que pueden participar en la guerra son los que llevan esa ropa. ¡Muy bien! Eso también lo comprendo. Pero aquella gente era como la de Birmania, o como los afridis. Se ponían a pegar tiros cuando les apetecía y cuando no les apetecía escondían el fusil y enseñaban *purwanas*, o se metían en casa y decían que eran campesinos. ¡Ya, campesinos como los que diezmaron a los soldados de Madrás en Hlinedatalone, en Birmania! ¡Campesinos como los que mataron a Cavagnari Sahib y a los guías en Kabul! Ya les enseñamos a éstos, claro: tiramos a 15 ó 20 de un balcón una mañana enfrente del Bala Hissar. Yo esperaba que el Jung-i-lat Sahib (el Comandante en jefe) se acordara de los viejos tiempos, pero no. Todo el mundo nos pegaba tiros por todas partes, y él publicaba proclamas diciendo que no estaba combatiendo al pueblo, sino a un ejército concreto, y la verdad era que ese ejército eran todos los boer-log, que todos sumados no llevaban suficiente ropa de uniforme para hacerse un taparrabos. Una guerra idiota del principio al fin, porque es evidente que el que combate hay que colgarlo si combate con el fusil en una mano y el *purwana* en la otra, como hacía toda esa gente.

Y nosotros, cuando ellos se habían cansado de momento, los recibíamos con honores y les dábamos permisos, y les dábamos de beber y dábamos de comer a sus mujeres y a sus hijos, y aplicábamos correctivos muy duros a nuestros soldados cuando les robaban gallinas. De manera que había que hacer el trabajo no con unos cuantos muertos, sino con el triple y el cuádruple. Hablé mucho de eso con Kurban Sahib, y él decía:

« Es una guerra de sahibs. Ésas son las órdenes », y una noche cuando Sikandar Jan quería quedarse detrás de los centinelas a enseñarles cómo se trabaja en la Frontera, le dio un golpe a Sikandar Jan entre los ojos y casi le partió la cabeza. Entonces Sikandar Jan, con una venda en los ojos, de manera que parecía un camello enfermo, estuvo hablando con él media jornada de marcha y se quedó más confuso que yo, y juró que se volvía a Eshtellenbosch. Pero en privado Kurban Sahib me dijo que debíamos haber echado contra aquella gente a los sij y a los gurkas hasta que vinieran arrastrándose por el polvo. Porque aquella gente no comprendía lo que era la guerra.

¿Que si nos disparaban? Claro que nos disparaban, y desde casas adornadas con banderas blancas, pero cuando llegaron a comprender nuestras costumbres, sus viudas enviaron mensajes con mensajeros cafres, y en seguida empezó a haber menos tiroteos. «¡No hay miedo!» Todos los boer-log con los que nos enfrentamos tenían *purwanas* firmados por generales locos, diciendo que estaban bien dispuestos hacia el Estado. Pero también tenían bastantes fusiles, y cartuchos que escondían en el tejado. Las mujeres lloraban muchísimo cuando quemábamos esas casas, pero no se acercaban demasiado cuando las llamas llegaban al techo de paja, por miedo a los cartuchos que estallaban. Las mujeres de los boer-log son muy listas. Son más listas que los hombres.

¿Que si son listos los boer-log? ¡No, ni hablar! Son los sahibs los que son tontos. Por su propio honor, los sahibs tienen que decir que los boer-log son listos, pero es la tontería de los sahibs la que ha hecho a los boer-log. Los sahibs tendrían que habernos mandado a *nosotros* a la partida.

Pero los *durromuts* lo hacían bien. Hicieron lo que hacía falta en toda aquella parte del país. No igual que lo hubiéramos hecho nosotros, los del Hind, pero tampoco eran tontos de remate. Una noche, cuando estábamos en la cima de un Cerro y hacía frío, vi a lo lejos una luz en una casa que brilló la sexta parte de una hora y después se apagó. Luego volvió a aparecer tres veces por la duodécima parte de una hora. Se la enseñé a Kurban Sahib, pues una casa perdonada porque la gente tenía muchos permisos y juraba fidelidad a nuestras espuelas. Le dije a Kurban Sahib: «Manda medio escuadrón, hijo, y acaba con esa casa. Están haciéndoles señales a sus hermanos.» Y él se quedó riendo donde estaba y dijo: «Si escuchara a mi porteador Umr Singh, no quedarían en pie ni diez casas en este país.» Y yo dije:

«Y, ¿para qué dejar ni una? Esto es igual que lo de Birmania. Hoy son campesinos y mañana nos combaten. Démosles lo que se merecen.» Él se siguió riendo y se envolvió en la manta, y yo me quedé mirando aquella casa de la luz a lo lejos hasta que se hizo de día. He estado en ocho guerras de la Frontera, sin contar Birmania. La primera guerra del Afganistán, la segunda guerra del Afganistán, dos guerras mahsud waziri (y van cuatro), dos guerras de las Montañas Negras, si me acuerdo bien, la de Malakand y la de Tirah. No cuento Birmania ni otras cosillas de poca monta. ¡Yo sé cuándo una casa está enviando señales a otra casa!

Empujé a Sikandar Jan con el pie y también él lo vio. Dijo: «Uno de los boer-log que trajo calabazas para la cena, las que freí anoche, vive en esa casa.» Y yo dije: «¿Cómo lo sabes?» Y él dijo: «Porque cuando salió del campamento iba en otra dirección, pero vi cómo el caballo se negaba a torcer en la curva del camino, y antes de caer la noche salí del campamento para las oraciones de la tarde con los gemelos de Kurban Sahib y desde un cerro vi que el caballo pinto del vendedor de calabazas iba hacia esa casa.» Yo no dije nada, pero le quité los

gemelos de Kurban Sahib de sus sucias manos y los volví a meter en su estuche. Sikandar Jan me dijo que él había sido el primer hombre del valle del Zenab que había usado gemelos, gracias a los cuales había liquidado dos rencillas familiares antiguas limpiamente durante un permiso de tres meses. Pero en otras cosas era un mentiroso.

Aquel día enviaron a Kurban Sahib con diez soldados a explorar los alrededores de nuestro campamento. En aquella época los *durromuts* se desplazaban con lentitud. Estaban cargados de cereales y de pienso y de carros, y lo que querían era dejarlo todo en alguna ciudad y avanzar más ligeros de impedimenta a hacer las cosas importantes. Así que Kurban Sahib les buscó un atajo, un poco distante de nuestra línea de marcha. Estábamos unas doce millas por delante del grueso de las tropas y llegamos a una casa situada en la falda de una loma grande con muchos arbustos, y con una *nullah*, lo que allí llaman una *donga* en la trasera, y un viejo *sangar* de piedras amontonadas, lo que allí llaman un *kraal*, delante. A los lados de la puerta crecían dos acacias, como los arbustos del *babul*, cubiertas de unas florecitas doradas, y el techo era todo de paja. Delante de la casa había un valle de piedras que llegaba hasta otro cerro con arbustos. En la veranda había un viejo, un viejo con barba blanca y una verruga en la parte izquierda del cuello, y una mujer gorda con ojos de cerda y papos de cerda, y un muchacho alto que no tenía entendimiento. Tenía la cabeza calva, y del tamaño de una naranja, y tenía las aletas de la nariz comidas por la enfermedad. Se reía y babeaba y hacía cabriolas delante de Kurban Sahib. El viejo trajo café y la mujer nos enseñó *purwanas* de tres generales-sahibs, que certificaban que eran gente de paz y de buena voluntad. Mira las *purwanas*, sahib. ¿Conoce el sahib a los generales que los han firmado?

Juraron que por allí no había ni un boer-log. Levantaron las manos y lo juraron. Era más o menos la hora de la comida de la tarde. Yo estaba junto a la veranda con Sikandar Jan, que estaba olfateando el aire como un chacal que ha perdido el rastro. Por fin me agarró del brazo y dijo: « ¡Mira allí! Es el sol que da en la ventana de la casa que hacía las señales anoche. Esta casa puede ver aquella casa desde aquí.» Y miró al cerro que estaba detrás de él, todo poblado de arbustos y dio un respingo. Después el idiota de la cabeza pequeña se puso a bailar delante de mí y echó atrás la cabeza y miró al techo y se puso a reír como una hiena, y la mujer gorda se puso a hablar muy alto, como si dijéramos para tapar algún ruido. Entonces yo fui a la trasera de la casa con el pretexto de ir a buscar agua para hacer el té y vi que había estiércol reciente de caballo en el suelo, y que el suelo estaba lleno de señales recientes de caballos, y que en el polvo se había caído un cartucho. Entonces Kurban Sahib me llamó en nuestra lengua y dijo: « ¿Está bien aquí para hacer el té? » Y yo repliqué, sabiendo lo que quería decir él: « Hay demasiados cocineros en la cocina. Monta y vete, hijo. » Entonces me di la vuelta y él le dijo a la mujer con una sonrisa: « Prepare

comida, y cuando hayamos dado un paseo entraremos a comer», pero a sus hombres les dijo en voz baja: «Hay que irse.» No. No cubrió al viejo ni a la gorda con su fusil. No era su forma de hacer las cosas. Algún idiota de los *durromuts*, que tenía hambre, levantó la voz para discutir la orden de huir, y antes de que pudiéramos montar llegaron muchos disparos desde la techumbre, disparados por fusiles que surgían de entre la paja. Entonces cabalgamos por el valle de piedras y había hombres que nos disparaban desde la *nullah* que había detrás de la casa, y desde el cerro detrás de la *nullah*, además de desde la techumbre de la casa, y sonaban tantos disparos que parecía que hubiera tamborileros en los cerros. Entonces Sikandar Jan, que cabalgaba agazapado en la silla, dijo: «Esta partida no es para nosotros solos, sino para el resto de los *durromuts*», y yo le dije: «Cállate. ¡Mantente en posición!», porque tenía que ir detrás de mí, y yo detrás de Kurban Sahib. Pero estas balas de ahora pueden atravesar a cinco hombres en fila. No nos acertaron a ninguno de los nuestros, y llegamos al montón de piedras y nos repartimos entre ellas, y Kurban Sahib se volvió en la silla y dijo: «¡Mirad al viejo!» Éste estaba en la veranda, disparando a toda prisa un fusil, con la mujer a su lado y también el idiota, los dos también con fusiles. Kurban Sahib se echó a reír y yo lo cogí de la muñeca, pero... en aquel momento estaba ya escrito su destino. La bala me pasó a mí por debajo del sobaco y le dio en el hígado, y yo lo eché hacia atrás entre dos peñas muy grandes inclinadas. Kurban Sahib, ¡mi Kurban Sahib! Desde la *nullah* detrás de la casa y desde los cerros llegaban nuestros boer-log, más de cien en número, y Sikandar Jan dijo: «*Ahora* sabemos lo que significaba la señal de anoche. Dame el fusil.» Era el fusil de Kurban Sahib —en esta guerra de locos sólo los médicos llevan espada— y se echó boca abajo en el suelo, pero Kurban Sahib se volvió de donde estaba y dijo: «Quietos. Es una guerra de sahibs», y Kurban Sahib volvió una mano hacia arriba: así, y después giró la vista hacia mí y le di agua para que cuanto antes. Y cuando la bebió su espíritu pudiera irse cuanto antes. Y cuando la bebió su espíritu recibió permiso...

Así fue nuestro combate, sahib. Los *durromuts* estábamos en un cerro que iba de norte a sur, donde estaba el grueso de nuestra tropa, y los boer-log estaban en un valle que iba de este a oeste. Eran más de cien, y nosotros diez, pero contuvimos a los boer-log en el valle mientras avanzábamos rápidamente por el cerro hacia el sur. Vi a tres boers caer en el terreno abierto. Después se volvieron a esconder todos, y abrieron fuego graneado contra nuestros hombres parapetados tras las peñas; pero nuestros hombres eran listos y no se mostraron, y continuaron yendo siempre hacia el sur, y el ruido de la batalla fue desplazándose hacia el sur, desde donde llegaba el ruido de los grandes cañones. Así que en seguida se hizo de noche, y Sikandar Jan encontró una vieja guarida profunda de chacal entre las piedras, en la que pusimos el cadáver de Kurban Sahib de pie. Sikandar Jan tomó

sus gemelos y yo tomé su pañuelo y unas cartas y una cosa que yo sabía que llevaba al cuello, y Sikandar Jan es testigo de que lo envolví todo en el pañuelo. Después hicimos un juramento juntos y nos quedamos en silencio, velando a Kurban Sahib. Sikandar Jan estuvo llorando hasta el amanecer; ¡él, un patán, un mahometano! Toda la noche estuvimos oyendo los disparos hacia el sur, y cuando rompió el día, el valle estaba lleno de boer-log en carromatos y a caballo. Se reunieron junto a la casa, que lo vimos por los gemelos de Kurban Sahib, y el viejo, que creo que era un cura, los bendijo y les predicó la guerra santa y movía mucho los brazos; y la mujer gorda sacó café, y el idiota andaba entre ellos y les daba besos a los caballos. Después se fueron a toda prisa; se fueron por los cerros y desaparecieron; y salió un esclavo negro y lavó los umbrales de las puertas con agua clara. Sikandar Jan vio por los gemelos que era una mancha de sangre y se rió diciendo: « Ahí hay heridos. Todavía obtendremos venganza.»

Hacia el mediodía vimos un humo fino que subía muy alto hacia el sur, un humo como el que hace una casa incendiada al sol, y Sikandar Jan, que sabe orientarse por encima de las montañas, dijo: « Por fin hemos quemado la casa del vendedor de calabazas, desde la que hicieron las señales.» Y yo dije: « ¿Qué más da, ahora que han matado a mi hijo? Déjame con mi dolor.» El humo subía muy alto y vi que el viejo salía a la veranda a mirar, y hacía gestos con los puños cerrados. Y allí nos quedamos hasta el atardecer, sin comer ni beber, pues habíamos jurado no comer ni beber nada hasta cumplir lo que teníamos que hacer. A mí me quedaba algo de opio, y le di la mitad a Sikandar Jan, porque también él quería a Kurban Sahib. Cuando se hizo de noche afilamos los sables en una piedra medio blanda, que cuando se mezcla con agua afila muy bien el acero, y nos quitamos las botas y bajamos hasta la casa y miramos por las ventanas sin hacer ruido. El viejo estaba sentado leyendo un libro, y la mujer estaba sentada junto al hogar, y el idiota estaba tendido en el suelo con la cabeza en el regazo de ella, y se contaba los dedos y se reía, y ella también se reía. Comprendí que eran madre e hijo, y yo también me reí, porque lo había sospechado al reclamar para mí su vida y su cuerpo a Sikandar Jan cuando discutimos lo que íbamos a hacer. Después entramos con las espadas desenvainadas... Desde luego, estos boer-log no entienden el acero, porque el viejo se echó a correr a buscar el fusil que había en un rincón, pero Sikandar Jan se lo impidió con un golpe de plano en las manos y se quedó sentado mirándose las, y yo me llevé un dedo a los labios para indicarles silencio. Pero la mujer dio un grito y alguien se movió en un cuarto de dentro, y se abrió una puerta y había un hombre con la cabeza vendada con trapos que estaba con un fusil que le temblaba en las manos, como un tonto. Le cayó la cabeza entera del otro lado de la puerta y no lo siguió nadie. Fue un golpe muy bonito... para un patán. Entonces se quedaron todos sentados, contemplando la cabeza que yacía en el piso, y le dije a Sikandar Jan: « ¡Trae cuerdas! ¡Ni siquiera por Kurban

Sahib voy a manchar mi espada!» Así que se fue y volvió con tres reatas largas de cuero y dijo: «Dentro hay cuatro heridos, y seguro que cada uno de ellos tiene un permiso de algún general», y estiró las reatas y se rió. Después le ató al viejo las manos a la espalda, e hice lo mismo con el idiota, aunque de mala gana, porque se me reía en la cara y me quería tocar la barba. Entonces, la mujer con ojos de cerdo y papos de cerdo se echó a correr, y Sikandar Jan preguntó: «¿Le doy o la ato? Te tocó a ti en el reparto.» Y yo le dije: «¡Quieto! Ya tengo una cadena para retenerla. Abre la puerta.» Saqué a los dos a empujones a la veranda, del lado de la sombra de las acacias, y ella nos siguió de rodillas y se tiró al suelo, dándome golpes en las botas y gritando. Entonces Sikandar Jan sacó la lámpara, diciendo que él era un mayordomo y quería llevar el fuego a la mesa, y yo busqué una rama que pudiera dar fruto. Pero la mujer me molestaba todo el tiempo con sus aullidos y sus tirones, y me hablaba rápido en su lengua y yo le repliqué en la mía: «Hoy he perdido un hijo por culpa de tu perfidia, y *mi* hijo era querido de los hombres y amado por las mujeres. Hubiera engendrado hombres, no animales. Tú tienes más años de vida por delante que yo, pero mi dolor es más grande.»

Me incliné para afirmar el nudo en torno al cuello del idiota, y eché la reata por encima de la rama, y Sikandar Jan levantó la lámpara para que ella viera bien. Entonces apareció de repente, más allá de la luz de lámpara, el espíritu de Kurban Sahib. Tenía una mano al costado, donde le había dado la bala, y adelantó la otra así y dijo: «No. Es una guerra de sahibs.» Y yo dije: «Espera un poco, hijo, y podrás dormir.»

Pero él se acercó más, cabalgando, por así decirlo, sobre mis ojos, y repitió: «No. Es una guerra de sahibs.» Y Sikandar Jan preguntó: «¿Pesa demasiado?» y dejó la lámpara en tierra y se me acercó, y cuando se dio la vuelta para agarrar la reata, el espíritu de Kurban Sahib se quedó a una distancia de un codo de nosotros y dijo por tercera vez: «No. Es una guerra de sahibs.» Y una ráfaga de aire apagó la lámpara y oí cómo le tiritaban los dientes a Sikandar Jan. Así nos quedamos, el uno junto al otro, con las reatas en la mano, y durante mucho rato no pudimos decir nada. Entonces oí que Sikandar Jan abría su cantimplora y bebía; y cuando apagó la sed me la pasó y dijo: «Estamos absueltos de nuestro juramento.» Entonces bebí yo y esperamos al amanecer en el mismo sitio en que estábamos, con las reatas en la mano. Poco después del tercer canto del gallo escuchamos cascos de caballos y ruedas de cañones a poca distancia, y en cuanto llegó la luz estalló una bala de cañón en el umbral de la casa y la techumbre de la veranda, que era de paja, se hundió ardiendo ante las ventanas. Y yo dije: «¿Qué hacemos con los boer-log heridos que hay ahí dentro?» Y Sikandar Jan dijo: «Ya hemos oído la orden. Es una guerra de sahibs. No te muevas.» Después cayó una segunda bala —bien apuntada, pero algo corta— que nos llenó de polvo donde estábamos; y después llegaron diez balas rápidas

más pequeñas del cañón que habla como un tartamudo; sí, el de tiro rápido que le dicen los sahíbs, y la cara de la casa se cayó como la nariz y la barbilla de un viejo que chochea, y todo el frente la casa se cayó. Entonces Sikandar Jan dijo: « Si es el destino de los heridos morir en el fuego, no voy a impedirlo yo.» Y se fue a la trasera de la casa y volvió poco después con cuatro boer-log heridos detrás de él, dos de los cuales no podían andar erguidos. Y yo le pregunté: « ¿Qué has hecho?» Y él dijo: « Ni les he hablado ni los he tocado. Me siguen porque esperan compasión.» Y yo le dije: « Es una guerra de sahíbs. Que esperen la compasión de los sahíbs.» Así que allí se quedaron los cuatro hombres y el idiota, y la gorda debajo de la acacia, y la casa ardió como la yesca. Entonces empecé el ruido ese de los cartuchos del techo, primero uno o dos, después una ráfaga y al final un ruido muy alto, y la techumbre empezó a estallar por todas partes, y los cautivos querían irse a un lado para huir del calor, que ya abrasaba hasta las acacias, y para huir de la madera y los ladrillos que salían disparados por todas partes. Pero yo les dije: « ¡Quietos! ¡quietos! Sois sahíbs y ésta es una guerra de sahíbs, oh sahíbs. Nadie os ha ordenado que os marchéis de esta guerra.» No comprendieron lo que les decía. Pero se quedaron quietos y siguieron vivos. Al cabo de un rato llegaron cinco soldados a caballo del mando de Kurban Sahib, y yo sabía que uno de ellos hablaba mi lengua, porque había ido muchas veces a Calcutta con caballos. Así que le conté todo lo que había pasado, con frases de bazar, que eran las que podía comprender un sahib así, y al final dije: « Nos ha llegado una orden desde la tumba de que ésta es una guerra de sahíbs. Tomo por testigo el alma de mi Kurban Sahib de que entrego a la justicia de los sahíbs a estos sahíbs que me han dejado sin mi hijo.» Entonces le di las reatas y caí sin sentido, pues mi corazón estaba henchido, pero mi barriga vacía, salvo el poco de opio.

Me pusieron en una carreta con uno de sus heridos, y al cabo de un rato me enteré de que llevaban dos días con sus dos noches peleando con los boer-log. Había sido todo una gran emboscada, sahib, de la que nosotros, los de Kurban Sahib, no habíamos visto más que una fracción. Los *durromuts* estaban muy enfadados, enfadadísimos. Nunca he visto sahíbs tan enfadados. Enterraron a mi Kurban Sahib con los ritos de su fe en la cima del cerro detrás de la casa, y yo dije las oraciones propias de la fe y Sikandar Jan rezó a su estilo y robó cinco bujías de señales, que tienen cada una tres mechas, e iluminó la tumba como si hubiera sido la tumba de un santo en viernes. Lloró mucho toda aquella noche, y yo lloré con él, y él me agarró de los pies y me suplicó que le diera un recuerdo de Kurban Sahib. Así que le di la mitad de uno de los pañuelos de Kurban Sahib; no de los de seda, porque aquéllos se los había regalado una dama que yo sé, y también le di un botón de la guerrera y un anillo de acero sin valor que Kurban Sahib usaba para las llaves, y lo besó todo y se lo puso en el seno. El resto lo llevo yo aquí, en este atado, y tengo que buscar el equipaje en el hotel de Ciudad de El

Cabo: cuatro camisas que enviamos a lavar y que no pudimos recoger cuando nos fuimos al norte, y tengo que dárselo todo a mi Coronel Sahib en Sialkote, en el Panyab. Porque ha muerto mi hijo... ¡Ha muerto mi baba!...

Hubiera podido venirme antes; no tenía por qué quedarme cuando el hijo había muerto, pero estábamos lejos de los railes y los *durromuts* eran como hermanos conmigo, y había llegado a considerar a Sikandar Jan como una especie de amigo, y él me consiguió un caballo y cabalgué con ellos, pero aquello ya no tenía vida. Dios sabe lo que me llamaban: ordenanza, *chaprassi* (mensajero), cocinero, barrendero, no lo sé ni me importa. Pero una vez lo pasé bien. Volvimos al cabo de un mes, después de estar trazando círculos, a aquel mismo valle. Yo recordaba hasta la última piedra, y subí a la tumba, y un sahib muy listo de los *durromuts* (habíamos dejado allí un escuadrón durante una semana para que les dieran una lección a toda aquella gente de los *purwanas*) había tallado una inscripción en una piedra muy grande, y me la interpretaron y era una burla que le hubiera encantado a Kurban Sahib. ¡Ah! Tengo la inscripción bien copiada aquí. Léala en voz alta, sahib, y le explicaré la burla. Hay dos muy buenas. Empiece, sahib:

*En Memoria de
WALTER DECIES CORBIN
Difunto Capitán del 141.º
de la Caballería del Panyab*

Eso es el Gurgaon Rissala. Siga, sahib:

*Traicioneramente asesinado
cerca de aquí por
La complicidad del difunto
HENDRIK DIRK UYS
Un Ministro de Dios
Que tres veces hizo el juramento
de neutralidad
Y Piet su hijo,
Esta pequeña obra*

¡Ajá! Ésta es la primera burla. ¡El sahib tendría que ver esa pequeña obra!

*Se realizó en reconocimiento
Parcial e incompleto de su pérdida
Por algunos soldados que lo querían*

Si monumentum requiris circumspice

Y ésta es la segunda burla. Significa que quienes deseen ver un monumento adecuado a Kurban Sahib deben mirar hacia la casa. Y oye, sahib, no hay casa, ni pozo, ni esos charcos grandes que llaman presas, ni arbolitos frutales, ni ganados. No hay nada de nada, sahib, salvo los dos árboles abrasados por el fuego. El resto es como este desierto, o como mi mano... o como mi corazón. Vacío, sahib... ¡Todo vacío!

Una madonna de las trincheras

Diga lo que diga un hijo del hombre
A su corazón de los dioses del cielo,
Éstos han mostrado al hombre, con enorme celo,
Gracias maravillosas y amor infinito.

Oh, dulce amor; oh, vida mía, encanto,
Querida; aunque los días nos separen
Más allá de toda esperanza, y nos alejen tanto,
Los dioses no nos apartarán dos veces tan seguidas.

Swinburne, « Les Noyades » .

Dado el número de excombatientes afectados todavía por sus experiencias que ingresaron en la Logia de Instrucción (afiliada a la I. E. 5837, Fe y Obras) en los años siguientes a la guerra, lo raro es que no hubiera más problemas con los Hermanos que al encontrarse de pronto con antiguos camaradas se veían retrotraídos a un pasado todavía reciente. Pero nuestro regordete médico local de barba puntiaguda —el Hermano Keede, Guardián Mayor— siempre estaba listo para atender los casos de histeria antes de que fueran a más, y cuando me tocaba a mí examinar a Hermanos desconocidos o no certificados del todo desde el punto de vista masónico, le pasaba todos los casos que me parecían dudosos. Keede había sido oficial de sanidad de un batallón del sur de Londres durante los dos últimos años de la guerra, y naturalmente solía encontrarse con amigos y conocidos entre los visitantes.

El Hermano C. Strangwick, recién ingresado en la masonería, joven y relativamente alto, nos llegó de una logia del sur de Londres. Sus documentos y sus respuestas parecían por encima de toda sospecha, pero tenía en los ojos enrojecidos una mirada de estupefacción que podría significar algo de los nervios, de manera que me ocupé de presentárselo especialmente a Keede, que descubrió que se trataba de un antiguo ordenanza de la Plana Mayor de su batallón, lo felicitó por haberse recuperado —lo habían licenciado por mala salud, no sé exactamente qué— e inmediatamente empezó a recordar cosas del Somme.

—Espero haber hecho bien, Keede —dije mientras nos ataviábamos para la reunión de la logia.

—Sí, claro. Me ha recordado que lo estuve cuidando en Sampoux, en el 18, cuando se desmoronó. Era uno de nuestros enlaces.

—¿Neurosis de guerra?—pregunté.

—Algo así... pero no lo que él me quería hacer creer. No, no es que estuviera fingiendo. Estaba enervadísimo... pero disimulaba para que yo no me enterase

del motivo... Bueno, supongo que si pudiéramos impedir que los pacientes nos mintiesen, la medicina resultaría demasiado fácil.

Advertí que después de la reunión de la logia, Keede le asignó un asiento un par de filas delante de nosotros para que escuchara una conferencia sobre la Orientación del Templo de Salomón, que a juicio de un Hermano muy serio sería un agradable interludio entre el trabajo y la merienda-cena a la que calificábamos de «banquete». Pese a que se podía fumar fue bastante aburrido. A la mitad de la charla, Strangwick, que llevaba varios minutos moviéndose en el asiento y cambiando de postura, se levantó, echó atrás la silla, que rechinó en el suelo de baldosines y gritó: «¡Ah, tita! No puedo más.» En medio de la risa general de complicidad de los asistentes al acto, pasó a nuestro lado y llegó a trompicones a la puerta.

—¡Es lo que me imaginaba! —me susurró Keede—. ¡Ven!

Lo alcanzamos en el pasillo, donde sollozaba histéricamente y se retorció las manos. Keede lo llevó a la Sala del Portero, que era una oficina mezcla de guardamuebles y guardarropía de prendas descabaladas, y cerró la puerta con llave.

—Ya... ya estoy bien —empezó a decir el chico, medio sollozante.

—Claro —Keede abrió una alacena que ya le había visto utilizar yo antes, mezcló sal volátil y agua en un vaso graduado y cuando Strangwick se lo bebió, le puso una mano suavemente en el hombro para que se sentara en un sofá—. Vamos, vamos —continuó—. No es nada extraordinario. Te he visto estar diez veces peor. Supongo que nuestra charla te ha hecho recordar muchas cosas.

Enganchó una silla con el pie, tomó las manos del paciente entre las suyas y se sentó.

La silla chirrió.

—¡Por favor! —chilló Strangwick—. ¡No puedo aguantarlo! ¡No hay nada que chirrie así! Y ¡... y cuando se deshuela, entonces... tenemos que volverlos a meter con una pa... pala! ¿Se acuerda de las botitas de aquellos franceses bajo los tablonces?... ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

Llamaron a la puerta y preguntaron si todo iba bien.

—¡Perfectamente, gracias! —dijo Keede volviendo la cabeza—. Pero voy a necesitar este local un rato. Corran las cortinas, por favor.

Oímos el ruido de las anillas de las cortinas que recubren el pasillo desde la logia hasta la Sala de Banquetes al recorrer los palos, y se desvanecieron los ruidos de pasos y de voces.

Strangwick, con estertores de náuseas sin resultados, se quejaba de los muertos que chirrían en el hielo.

—Sigue fingiendo algo —susurró Keede—. Y no es *eso* lo que de verdad le angustia... igual que la última vez.

—Pero sí es verdad —le repliqué— que a la gente esas cosas se le quedan muy

grabadas en la memoria. Recuerda que en octubre...

—Pero no es lo mismo. Me pregunto qué es lo que lo tortura en realidad. ¿En qué piensas? —preguntó Keede con tono perentorio.

—La Línea francesa y el Matadero —murmuró Strangwick.

—Sí, recuerdo que había unos cuantos. Pero vamos a ver si nos enfrentamos con el coco en vez de echarnos a correr —y Keede se volvió hacia mí y me sugirió con la mirada que le siguiera el juego.

—¿Qué pasaba en la Línea francesa? —pregunté para empezar.

—Era al lado de Sampoux, donde habíamos relevado a los franceses. Son tipos duros, pero en general no se puede decir que sean muy escrupulosos. Habían puesto muertos de los dos lados para que no entrase el barro. Aquellas trincheras eran como puré cuando llegaba el deshielo. Los nuestros tuvieron que hacer lo mismo... en otras partes; pero el Matadero de la Línea francesa era... bueno... era cosa de ver. Por suerte, justo entonces les quitamos un saliente a los boches y arreglamos algo las cosas, de manera que a partir de noviembre no tuvimos que utilizar aquella zona. ¿Te acuerdas, Strangwick?

—¡Dios mío, claro que sí! Cuando faltaban las tablas, los pisabas y chirriaban.

—Era inevitable. Estaban como de cuero —dijo Keede—. Se pone uno algo nervioso, pero...

—¿Qué tiene que ver con los nervios? ¡Era de verdad! ¡Era de verdad! —soltó Strangwick.

—Pero a tu edad, es algo que se olvida en un año o cosa así. Te voy a dar otro vasito de... calmante para que podamos hablar con tranquilidad. ¿De acuerdo?

Keede volvió a abrir la alacena y puso en el vaso una dosis cuidadosamente medida de algo oscuro que no era sal volátil.

—Esto te tranquilizará en un momento —explicó—. Tiéndete y no hables si no te apeetece.

Se dio la vuelta hacia mí y se acarició la barba.

—Sí, sí. El Matadero no era nada agradable —dijo sin que yo le preguntara nada—. Ahora que veo a Strangwick lo vuelvo a recordar todo. ¡Qué extraño fue! Había un sargento que mandaba el Segundo pelotón, ¿cómo diablos se llamaba? Era un tipo ya mayor, que debe de haber mentido como un condenado para ir al frente a su edad; pero era un suboficial de primera, y cualquiera hubiera jurado que sería el último en hacer algo al revés. Bueno, pues en enero del 18 le tocó un permiso de quince días. Entonces estabas en la Plana Mayor del batallón, ¿verdad, Strangwick?

—Sí. Estaba de ordenanza. Fue el 21 de enero —Strangwick hablaba con la lengua estropajosa y le brillaban los ojos. Se veía que el medicamento lo había afectado.

—Por esas fechas sería —dijo Keede—. Bueno, pues el sargento, en lugar de bajar de las trincheras como todos para irse con el destacamento del batallón al

anochecer y tomar aquel trenecillo que iba a Arras, prefirió entrar en calor primero. De manera que se mete en una casamata del Matadero, que antes era un puesto de primeros auxilios de los franceses, ¡y se queda atufado entre dos braseros de cisco puro! Daba la casualidad de que era la única casamata cuya puerta se abría hacia adentro (supongo que los franceses habían tomado precauciones antigases), y por lo que pudimos deducir, debe de haberse cerrado de golpe mientras el sargento se estaba calentando. En todo caso, no se presentó en el tren. Inmediatamente empezamos a buscarlo. No podíamos permitirnos el lujo de andar perdiendo jefes de pelotón. Lo encontramos por la mañana. Ése sí que estaba gaseado. Lo encontró un ametrallador, ¿no es verdad, Strangwick?

—No, señor. Fue el cabo Grant, de Morteros de Trinchera.

—Es verdad. Sí, Grant, el que tenía aquel quiste sebáceo en el cuello. En todo caso, estás perfectamente de memoria. ¿Cómo se llamaba el sargento?

—Godsoe, John Godsoe —respondió Strangwick

—Sí, eso es. Tuve que ir a verlo a la mañana siguiente: helado como un témpano entre los dos braseros, y sin un solo documento personal encima. *Aquello* fue lo único que me dio la idea de que quizá no hubiera sido... totalmente accidental. Strangwick, cuyo gesto se había relajado, volvió a ponerse tenso y recuperó sus modales de la Sala de ordenanzas.

—Ya declaré entonces lo que sabía, y se lo dije a usted. Pasó... me adelantó, mejor dicho... cuando bajaba de la sección de apoyo, cuando le dije que le habían dado permiso. Creí que iría a la trinchera del Loro, como siempre, pero debe de haberse desviado por la Línea francesa, donde estaba la barricada vieja, la del bombardeo.

—Sí, ahora recuerdo. Tú fuiste el último que lo vio vivo. ¿Y dices que fue el 21 de enero? Pero, ¿cuándo fue que te trajeron Dearlove y Billings para que te viera yo, porque estabas completamente ido?

Keede, al estilo de los detectives de ficción, le puso a Strangwick una mano en el hombro. El chico lo miró vagamente asombrado y murmuró:

—Me llevaron a que me viera usted el 24 de enero por la tarde. Pero, no se creará usted que lo maté yo, ¿verdad?

Yo no pude por menos de sonreír ante la desazón de Keede, pero éste se recuperó.

—Entonces, ¿qué diablos estabas pensando aquella tarde, antes de que te pusiera la inyección?

—En... las cosas que había en el Matadero. Las veía constantemente. Ya me ha visto usted antes así.

—Pero sabía que era mentira. No tenías más problemas en la cabeza que ahora. Algo tienes en la cabeza pero lo disimulas.

—¿Cómo lo sabe *usted*, doctor? —sollozó Strangwick

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste mientras Dearlove y Billings te contenían

aquella tarde?

—¿Lo de las cosas del Matadero?

—¡Ah, no! Me contaste montones de cosas de cadáveres que chirriaban, pero en medio de todo aquello te paraste, fue cuando me pasaste aquel telegrama. Por ejemplo, ¿qué quería decir aquello de que para qué ibas a pelear con fieras de oficiales si los muertos no se levantaban?

—¿Dije «fieras de oficiales»?

—Sí. Está en el servicio de difuntos.

—Entonces será que lo había oído por alguna parte. Sí, claro que lo había oído. —Strangwick tembló exageradamente.

—Es probable. Y queda otra cosa: aquel himno religioso que cantabas a gritos hasta que te puse la inyección. Decía algo de la compasión y el amor. ¿Puedes recordarlo?

—Lo intentaré —dijo obediente el muchacho, y empezó a parafrasear como podía lo siguiente—: «Diga lo que diga un hombre en su corazón al Señor, sí, en verdad os digo / Que Dios ha mostrado una y otra vez al hombre maravillosa compasión y...» y no sé que amor.

Cerró los ojos y tembló.

—¿Y dónde oíste *eso*? —insistió Keede.

—Se lo oí a Godsoe... el 21 de ene... ¿Cómo iba a saber yo lo que iba hacer el sargento? —gritó con una voz chillona que no era la suya normal—. Y tampoco sabía que *ella* había muerto.

—¿Quién había muerto? —preguntó Keede.

—Mi tita Armine.

—¿La que te decían en el telegrama que te llegó en Sampoux y que querías que te explicara yo; de la que hablabas en el pasillo ahora mismo cuando empezaste a decir «ah, tita» y luego dijiste «Dios mío», cuando te eché mano?

—¡La misma! No tengo nada que hacer con usted, doctor. *Yo* no sabía que pasara nada con aquellos braseros. ¿Cómo iba a saberlo? Los usábamos todo el tiempo. Le juro que al principio creí que habría querido calentarse antes de ir al tren del permiso. No... no sabía que el tío John quería... quería poner casa —soltó una carcajada horrible y después se puso a llorar sin lágrimas.

Keede dejó que se le pasaran el hipo y los sollozos antes de seguir:

—¿Cómo? ¿Era Godsoe tío tuyo?

—No —dijo Strangwick con la cabeza entre las manos—. Lo que pasa es que lo conocíamos desde que nacimos. Padre lo conocía desde antes. Vivía casi al lado. Él y padre y madre... y todos habían sido amigos desde siempre. Por eso lo llamábamos tío... cosas de niños.

—¿Qué clase de hombre era?

—De lo *mejor*, doctor. Tenía su pensión de sargento y algo de dinero que le habían dejado. Vivía muy bien. Y era muy orgulloso. Tenían una sala llena de

recuerdos de la India, y él y su mujer nos dejaban verlos a mi hermana y a mí cuando nos habíamos portado bien.

—¿No era demasiado mayor para enrolarse?

—Eso a él no le importaba. Fue y se enganchó como sargento instructor al principio y cuando el batallón estuvo listo hizo que también se lo llevaran a él. Y me metió a mí en su pelotón cuando me enganché yo... a principios del 17. Creo que eso era lo que quería madre.

—No tenía idea yo de que lo conocieras tanto —comentó Keede.

—Bueno, a él no le importaba. No tenía enchufados en el pelotón, pero escribía a madre a casa y le contaba cómo iba yo y todo lo que pasaba. Usted comprenderá —Strangwick se revolvió incómodo en el sofá—, le habíamos conocido de toda la vida... y éramos vecinos y todo eso... Y él tenía más de cincuenta años. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué mierda es todo cuando se es joven!

—gritó de repente.

Pero Keede le hizo volver al asunto:

—¿Escribía a tu madre para contarle cómo te iba?

—Sí, madre quedó mal de la vista después de los bombardeos. Se le rompieron unas venas por detrás de los ojos de tanto tiempo en los refugios y se puso mala. Las cartas se las leía la tita. Ahora que lo pienso, eso es lo único que se podría decir que...

—¿Ésa era la tía que se murió y por la que te pusieron el telegrama? —insistió Keede.

—Sí; tita Armine: la hermana pequeña de madre, y más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. ¡Qué lío! Y si me lo hubieran preguntado alguna vez, hubiera jurado que ella no tenía un secreto para nadie, y que nunca los había tenido. Tenía una vida transparente... más transparente que una ventana. Nos cuidaba a mi hermana y a mí cuando hacía falta... cuando la tos ferina y las anginas... igual que madre. Entrábamos y salíamos de su casa como Pedro por la suya. Sabe usted, tío Armine es ebanista, y vende muebles de segunda mano, y nos gustaba jugar con sus cosas. No tenían hijos, y cuando vino la guerra ella dijo que se alegraba. Pero nunca hablaba de sus cosas. Era muy reservada, ya me entienden —nos contempló muy serio para ayudarnos a entender.

—¿Cómo era? —preguntó Keede.

—Más bien fuerte, y creo que había sido guapa, pero como la estábamos viendo siempre, no nos fijábamos mucho... salvo quizá una cosa. Madre la llamaba por su nombre de verdad, que era Bella, pero mi hermana y yo siempre la llamábamos tita Armine. ¿Entiende?

—¿Por qué?

—Nos parecía que le sentaba mejor... como alguien que anda despacio, como con una armadura.

—¡Ah! ¿Y era ella la que le leía las cartas a tu madre?

—Cada vez que llegaba el correo venía a casa y se las leía. Y... y apuesto lo que sea que no pasaba nunca más que eso que *yo* recuerde. ¡Me jugaría hasta la vida que no pasaba más que *eso*! No es justo que me lo hayan echado todo encima a mí... porque... porque si es *verdad* que los muertos se levantan, entonces, ¿qué diablos pasa conmigo y con todo lo que he creído toda mi vida? ¡*Eso* es lo que quisiera saber! Yo... yo...

Pero Keede no quería desviarse del asunto y preguntó en voz baja:

—¿Te acusó de algo el sargento en sus cartas?

—No tenía nada qué acusarme... estábamos demasiado ocupados. Pero lo que decía de mí en sus cartas le tranquilizaba mucho a madre. Yo no sé mucho de pluma. Lo dejaba todo para contárselo cuando tenía permiso. Me tocaban quince días cada seis meses y a veces... En eso tenía más suerte que otros.

—¿Y cuando ibas a casa les llevabas noticias del sargento?—preguntó Keede.

—Supongo que sí, pero entonces no pensaba mucho en esas cosas. Tenía que ocuparme de las mías... natural. El tío John siempre me escribía una carta cuando estaba yo de permiso, y me contaba lo que estaba pasando y cómo me iba a encontrar las cosas cuando volviera, y madre hacía que se las leyera. Y, claro, entonces yo tenía que cruzar la calle a darle las noticias a su mujer. Y luego estaba una señorita con la que pensaba yo casarme si salía vivo. Ya habíamos empezado a mirar los precios de las cosas en las tiendas.

—¿Y al final no os casasteis?

El muchacho volvió a temblar y gritó:

—¡*No!* ¡Antes del final comprendí lo que significan de verdad las cosas en la realidad! ¡Yo... yo nunca me había imaginado que hubiera cosas así!... ¡Y pensar que ella tenía más de los cuarenta y era mi propia tía!... Pero nunca se les había visto nada de nada, de manera que ¿cómo iba a imaginarlo? ¿No lo *entiende*? Lo único que me dijo después de mi permiso de Navidad el 18 cuando fui a decirle adiós... lo único que me dijo fue: «¿Vas a ver pronto al señor Godsoe?» «Demasiado pronto para mi gusto», digo yo. Y va y me dice: «Bueno, pues dile de mi parte que para el 21 del mes que viene creo que habrá terminado mi problemilla y que me muero de ganas de verle lo antes posible a partir de entonces.»

—¿Y cuál era su problema?—preguntó Keede, adoptando inmediatamente su tono profesional.

—Creo que estaba del pecho. Pero nunca hablaba de cosas de salud con nadie.

—*Ya* entiendo—dijo Keede—. Y, ¿qué te dijo a ti?

—Va y me dice—repitió Strangwick—: «Dile al tío John que espero haber terminado con mi problema para el 21 y que me muero de ganas de verle en cuanto pueda a partir de esa fecha.» Y después se echa a reír y va y me dice: «Pero tú eres un cabeza de chorlito. Te lo voy a escribir y se lo das cuando lo

veas.» Y va y lo escribe en una cuartilla y entonces yo le di un beso, porque la verdad es que siempre había sido su preferido, y me volví a Sampoux. La verdad es que casi ni me acordé del asunto. Pero cuando me volvió a tocar ir al frente —recuerde que yo era enlace— nuestro pelotón estaba en la trinchera Norte y yo llevaba un mensaje al cabo Grant, que era el jefe del mortero. Cuando lo recibí pidió prestados dos soldados del pelotón para darle la vuelta o lo que fuera. Voy y le doy al tío John el recado de tita Armine y le doy una toba a Grant y nos calentamos un poco en el brasero. Y va Grant y me dice: «No me gusta», señalando al tío John, que está en la tronera estudiando el recado de la tita. Bueno, *usted* ya sabe doctor, porque tuvo que hablar a Grant para que dejara de profetizar cosas... cuando Rankine se hirió con la pistola de señales.

—Es verdad —dijo Keede, y me explicó—: Grant tenía un sexto sentido, el maldito. Me alegré cuando lo hirieron. Y, ¿qué pasó entonces, Strangwick?

—Va Grant y me dice en voz baja: «Mira, inglés de mierda; le ha llegado la hora.» El tío John estaba apoyado en la tronera y tarareaba ese himno que me recordó usted hace un rato. De pronto le había cambiado la cara... como si se acabara de afeitarse. Yo no entiendo de esos asuntos, pero le advertí a Grant que no dijera esas cosas, por si le oía un oficial, y me fui. Cuando pasé al lado del tío John, junto a la tronera, va y me echa una sonrisa, y eso que era más bien serio, y va y dice, metiéndose el papel en el bolsillo: «Por mí, *estupendo*. También yo salgo de permiso el 21.»

—Eso te dijo, ¿eh? —comentó Keede.

—Igual que si me dijera que iba a llover, o algo así. Claro, yo le contesté que me alegraba mucho y volví a la Plana Mayor. Casi ni me acordé del asunto. Aquello fue el 11 de enero: tres días después de volver yo de mi permiso. Se acordará usted, doctor, que por Sampoux no pasó casi nada a principios de aquel mes. Los boches se estaban preparando para la ofensiva de marzo y mientras estuvieran tranquilos nosotros no queríamos jaleo.

—Sí que lo recuerdo —dijo Keede—. Pero, ¿qué pasó con el sargento?

—Creo que le vi algunas veces por distintos sitios en los días siguientes, pero no me acuerdo bien. No pasó nada raro. Y el 21 de enero salió su nombre en la lista de permisos y yo tenía que avisar a los que estaban en la lista. *Eso* sí que lo vi, claro. Aquella misma tarde los boches habían estado probando un nuevo mortero de trinchera, y antes de que nuestra artillería pesada pudiera acabar con él metió una granada por una mirilla y se llevó por delante a una media docena. Los estaban sacando cuando fui a la sección de apoyo y a donde el Lorito, que estaba bloqueado. ¿Se acuerda, doctor?

—¡Y tanto! Y además había aquella ametralladora pesada detrás del blocao esperando a ver si salía uno.

—También me acuerdo de eso. Pero ya se iba haciendo de noche y llegaba la niebla del Canal, así que salí del Lorito y fui corriendo a campo abierto donde

estaban amontonados aquellos cuatro Warwicks muertos. Pero con la niebla me tuve que volver, y cuando me di cuenta estaba metido en aquella trinchera baja que corría al oeste del Lorito hasta la Línea francesa. Me metí de un salto, casi encima de la plataforma de la ametralladora, junto a aquella caldera vieja de azúcar y los dos esqueletos de *suavos*. Así me orienté y me recorrí toda la Línea francesa, hasta donde le faltaban todos aquellos tablones, y hasta el Matadero, donde estaban los *pualís* enterrados de a seis en fondo, todos amontonados debajo de los tablones. Estaban todos helados y no goteaban y habían empezado a chirriar.

—¿Y entonces te asustaste mucho? —preguntó Keede.

—No —dijo el muchacho, con el desdén del profesional—. Si un enlace empieza a fijarse en cosas así, más vale que lo deje. En medio de la Línea, justo antes de llegar a la vieja enfermería que dijo usted antes, doctor, me pareció que había algo delante de mí, en los tablones, que parecía como tita Armine, que esperaba junto a la puerta, y pensé que sería de risa que estuviera en el mismo sitio que yo. En seguida me di cuenta que no era más que unas tiras rotas de la pantalla antigás que colgaban de una tabla lo que me había dado aquella impresión. Conque fui a la sección de apoyo y avisé a los que salían de permiso, y uno de ellos era el tío John. Después subí por el callejón del Rastrillo para decirselo a los que estaban en primera línea. No fui corriendo, porque no quería llegar hasta que los boches hubieran parado un poco. Entonces llegó un relevo de la compañía y el oficial se cabreó porque había unas luces en el flanco y se las cargó y tuve que buscar a tientas a los que salían de permiso por todo el barracón de mierda. Entre unas cosas y otras debían ser las ocho y media cuando volví a la sección de apoyo. Y allí me encuentro con el tío John, que se estaba quitando el barro y se había afeitado; de lo más pincho. Va y me pregunta por el tren de Arras y yo le digo que si los boches estaban tranquilos, a lo mejor salía a las 10. Y él me dice: « Fenómeno. Me voy contigo.» Y volvimos por la trinchera vieja, la que pasaba por Halnaker, detrás de los puestos de la sección de apoyo. Ya sabe usted, doctor. Keede asintió.

—Y entonces va el tío John y me dice que va a ver a madre y a todos los demás dentro de unos días y si quiero que les diga algo de mi parte. Dios sabe por qué se me ocurrió aquello, pero que le dijera a tita Armine que nunca me había imaginado que iba a verla a *ella*, bueno, a algo parecido a ella por donde andábamos nosotros. Y cuando se lo dije, me eché a reír. Es la *última* vez que me he reído. Y él va y dice: « Ah, ¿conque la has visto? », muy natural. Entonces le dije lo de los sacos terreros y los trapos en la oscuridad, que me habían dado aquella impresión. Y va y dice: « Es muy probable », mientras se quita el barro de las polainas. Ya habíamos llegado a la esquina donde estaba la barricada vieja de la Línea francesa hasta que la bombardearon. El tío John se da la vuelta y se mete dentro. Y yo le digo: « No, gracias. Ya he estado ahí esta tarde. » Pero no

me hizo caso. Tentó entre la basura y los huesos que había en la barricada, y cuando se volvió tenía un brasero lleno en cada mano. Y va y dice: «Vamos, Clem», aunque casi nunca me llamaba así. Y dice: «No tienes miedo, ¿verdad? Es igual de distancia y si los boches vuelven a empezar no van a desperdiciar material aquí. Ya saben que esto está abandonado.»

Y yo digo: «¿Quién tiene miedo?» «Pues yo», dice él. «No quiero que me estropeen el permiso en el último minuto.» Y se da la vuelta y dijo eso que dijo usted que era del servicio funerario.

Keede, no sé por qué, lo repitió entero y despacio:

—«Si, en humana manera, he combatido con las fieras de Éfeso, ¿de qué me vale si los muertos no se levantan?» [4].

—Eso es —dijo Strangwick—. Conque bajamos juntos por la Línea francesa... y todo estaba helado y en silencio, si no fuera por los chirridos. Me acuerdo que pensaba... —y empezó a parpadear.

—No pienses. Cuéntanos lo que pasó —ordenó Keede.

—¡Ah, perdón! Él iba delante con sus braseros, tarareando el himno, hacia el Matadero. Justo antes de llegar a la antigua enfermería se para, los pone en el suelo y me dice: «¿Dónde me has dicho que estaba, Clem? Estoy perdiendo vista.» Y yo le digo: «Está en la cama y en su casa. Vamos. Hace un frío horrible, y a *mí* no me toca permiso.» Y él dice: «Pero a mí, sí. *Amí* sí...»

Y entonces... le doy mi palabra de honor que no le reconocí la voz, estira el cuello un poco, que era un gesto muy suyo, y va y dice: «¡Vaya, Bella! ¡Ah, Bella! ¡Gracias a Dios!» ¡Así, sin más! Y entonces vi —le aseguro que *la vi*— a la tita Armine que estaba de pie junto a la puerta de la vieja enfermería donde había creído yo verla la primera vez. Él la miraba y ella le miraba a él. Lo vi todo y se me hizo un nudo en la garganta porque... porque era algo que nunca hubiera podido creer. Aquello me parecía imposible, ¿comprende? Y él la miraba como para comérsela y ella le miraba igual, con sus propios ojos. Y entonces va él y dice: «Vaya, Bella, debe ser la segunda vez que nos vemos a solas en tantos años.» Y vi que ella le abría los brazos con aquel frío horrible que hacía. ¡Y estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta y era mi tía! Me puede usted mandar al manicomio mañana mismo, pero lo vi con mis propios ojos... ¡Vi cómo respondía ella a lo que le decía!... Y entonces él se echa mano a la correa para quitarse el mosquetón. Y luego aparta la mano y dice: «¡No! No me tienes, Bella, tenemos toda la eternidad por delante. Una hora o dos más no cuenta.» Y entonces agarra los braseros y va a la puerta de la casamata. Ni se acordaba de mí. Les echa gasolina y los enciende con una cerilla y se mete adentro con ellos encendidos. Y todo el tiempo tita Armine estaba allí de pie, con los brazos abiertos... ¡Y con un gesto en la cara! ¡Yo no sabía que pudieran pasar cosas así! Entonces vuelve a salir él y dice: «Ven adentro, cariño.» Y ella se agacha y entra en la casamata con aquella mirada... ¡Aquella mirada! Y

entonces él cierra la puerta por dentro y empieza a apuntalarla. ¡Dios me ampare, juro que lo vi y lo oí todo con estos ojos y estas orejas!

Repitió varias veces su juramento. Tras una larga pausa, Keede le preguntó si recordaba lo que había pasado después.

—A partir de entonces no me acuerdo muy bien. Debo de haber dicho muchas tonterías... eso me dijeron, pero... pero es que estaba... me sentía... muy adentro, como si... si ha sentido usted alguna vez algo así... No sabía dónde estaba. A la mañana siguiente me despertaron porque el sargento no se había presentado en el tren y alguien nos había visto juntos. Me estuvieron interrogando no sé cuántos hasta la cena. Creo que después me presenté voluntario para reemplazo de Dearlove, que tenía malo un pie, para llevar un mensaje al frente. Tenía que hacer algo, ¿comprende? porque ya no podía *creer* en nada. Cuando llegué, Grant me dijo que había encontrado al tío John con la puerta atrancada y sacos terreros en las troneras. No hacía falta que me lo dijeran. Me había bastado con los golpes de cuando atrancó. Como cuando cerraron el ataúd de padre.

—A mí no me dijeron que la puerta estaba atrancada —comentó Keede en tono severo.

—No hay que hablar mal de los muertos, doctor.

—¿Por qué fue Grant al Matadero?

—Porque había visto que el tío John llevaba una semana mangando carbón y lo guardaba detrás de la barricada vieja. Entonces, cuando empezó la búsqueda, se fue allá como una flecha y cuando vio la puerta cerrada lo comprendió. Me dijo que había sacado los sacos terreros de las troneras y había metido la mano por una de ellas y había sacado los puntales antes de que llegara nadie más. Todo parecía normal. Usted mismo dijo que la puerta debía de haberse cerrado sola, doctor.

—Entonces, ¿Grant sabía lo que iba a hacer Godsoe? —exclamó Keede.

—Grant sabía que Godsoe estaba acabado, y que no había nada en el mundo que pudiera evitarlo. Me lo había dicho a mí.

—¿Qué hiciste entonces?

—Creo que debo de haber estado de los nervios hasta que en la Plana May or me dieron aquel telegrama de madre... que se había muerto tita Armine.

—¿Cuándo murió tu tía?

—El 21 por la mañana. ¡El 21 por la mañana! Eso era lo último, ¿comprende? Yo pensaba todo el tiempo que era como aquellas cosas que nos había contado usted en Arras, cuando estábamos acuartelados en los sótanos... lo de los Ángeles de Mons y todo eso. Pero con el telegrama ya era imposible.

—¡Ah! ¡Alucinaciones! Ya recuerdo. ¿Y con el telegrama ya era imposible? —preguntó Keede.

—¡Sí! ¿No comprende? —medio se levantó del sofá—. Ya no podía creer en nada de nada en este mundo ni en el otro. Si es *verdad* que los muertos se

levantan de sus tumbas... y yo lo había visto... entonces... entonces es que puede pasar *cualquier cosa*. ¿No lo comprende?

Se había puesto en pie y gesticulaba rígidamente.

—Porque yo la vi —repetió—. La vi a ella y le vi a él... ella había muerto aquella mañana y él se mató delante de mis propios ojos para seguir con ella toda la Eternidad... ¡Y ella le abría los brazos! ¡Quiero saber *dónde* estoy! Díganme ustedes: ¿por qué estamos en peligro *todas* las horas del día?

—Sabe Dios —dijo Keede en voz baja.

—¿No convendría llamar a alguien? —sugerí—. Va a ponerse histérico dentro de nada.

—No, no se apure. Son los últimos nervios antes de que actúe el medicamento. Conozco perfectamente sus efectos. ¡Vamos, vamos!

Strangwick, con las manos a la espalda y la mirada fija, se había puesto a hablar con la voz tensa y artificial de un niño que recita la lección:

—Los dioses no nos apartarán dos veces tan seguidas —exclamaba una vez tras otra—. ¡Que me ahorquen si me lo van a hacer a mí una sola vez! —siguió con voz enloquecida de furia—. No me importa que ya hayamos ido a ver lo que cuestan las cosas... ¡Que me demande *ella* si quiere! No sabe lo que es la realidad de la vida. *No* sí... Yo he tenido oportunidad de verla... ¡Digo que *no*! Ya lo haré cuando quiera, pero no voy a hacerlo hasta que haya visto una mirada como aquélla... aquella mirada... No estoy dispuesto. La realidad es la vida y la muerte. *Empieza* con la muerte, ¿comprenden? *Ella* no puede comprender... Bueno, vete al diablo con todos tus abogados. Estoy harto... ¡harto!

Se detuvo de repente, igual que había empezado, y su rostro tenso recuperó su aire indeciso de antes. Keede lo tomó de las manos y lo volvió a llevar al sofá, donde cayó blandamente como una toalla mojada, y después el propio Keede sacó una manta de colores de un armario y lo arropó bien.

—Bueno... Por fin lo ha contado *todo* —dijo Keede—. Ahora que se lo ha sacado de encima podrá dormir. A propósito, ¿quién lo presentó?

—¿Quieres que vaya a enterarme? —sugerí.

—Sí, y puedes decirle que venga. No hace falta que nos quedemos de guardia toda la noche.

Así que volví al banquete, que estaba en su mejor momento, y encontré a un Hermano, entrado en edad y muy tieso, afiliado a una logia del sur de Londres, que me siguió apesadumbrado y deshaciéndose en excusas. Keede lo tranquilizó en seguida.

—El chico ha tenido problemas —explicó nuestro visitante—. Siento mucho que se hay a puesto malo aquí. Creí que ya lo había olvidado.

—Supongo que al hablar conmigo de los viejos tiempos, lo recordó —dijo Keede—. Ocurre a veces.

—¡Quizá! ¡Quizá! Pero, sobre todo, Clement también ha tenido problemas después de la guerra.

—¿No encuentra trabajo? A su edad, eso no debería preocuparlo demasiado —comentó Keede bienhumorado.

—No es eso... no le falta nada... pero —tosió confidencialmente, tapándose la boca con una mano seca— la verdad, Honorable, es que... de momento está implicado en una demanda por ruptura de promesa matrimonial.

—¡Ah! Eso es otra cosa —dijo Keede.

—Sí. Ése es su verdadero problema. Fijese que no ha dado ningún motivo. La joven vale mucho en todos los sentidos y sería una buena esposa, a mi entender. Pero él dice que no es su ideal, o algo así. A los jóvenes de hoy no hay quién les entienda; ¿verdad?

—Me temo que no —dijo Keede—. Pero ya está mejor. Ahora va a dormir. Quédese con él, y cuando se despierte lléveselo a casa sin darle importancia... Allá estábamos acostumbrados a estos pequeños problemas de la tropa. No tiene usted nada que agradecernos, Hermano... Hermano...

—Armine —dijo el anciano—. Es sobrino político mío.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Keede.

El Hermano Armine pareció un tanto sorprendido. Keede se apresuró a explicar:

—Lo que decía, es que lo único que le hace falta ahora es silencio hasta que se despierte.

El ojo de Alá

Como el chantre de San Illod era un músico demasiado entusiasta para ocuparse de la biblioteca, el sochantre, a quien le encantaban todos los detalles de esa tarea, estaba limpiándola, tras dos horas de escribir y dictar en el Scriptorium. Los copistas entregaron sus pergaminos —se trataba de los Cuatro Evangelios, sin iluminar, que les había encargado un Abad de Evesham— y salieron a rezar las vísperas. John Otho, más conocido como Juan de Burgos, no hizo caso. Estaba bruñendo un relieve diminuto de oro en su miniatura de la Anunciación para el Evangelio según San Lucas, que se esperaba más adelante se dignara aceptar el Cardenal Falcadi, Legado Apostólico.

—Para ya, Juan —dijo el sochantre en voz baja.

—¿Eh? ¿Ya se han ido? No había oído nada. Espera un minuto, Clemente.

El sochantre esperó, paciente. Hacía más de doce años que conocía a Juan, que se pasaba el tiempo entrando y saliendo de San Illod, a cuyo monasterio siempre decía pertenecer cuando estaba fuera de él. Se le permitía decirlo sin problemas, pues parecía estar versado en todas las artes, todavía más que otros Fitz Othos y también parecía llevar todos sus secretos prácticos bajo la cogulla. El sochantre miró por encima del hombro hacia el pergamino alisado en el que estaban pintadas las primeras palabras del Magnificat, en oro sobre un fondo de pan de laca roja para el halo apenas iniciado de la Virgen. Ésta aparecía, con las manos unidas en gesto maravillado, en medio de una red de arabescos infinitamente intrincados, en torno a cuyos bordes había flores de naranjo que parecían llenar el aire azul y cálido que cubría el diminuto paisaje reseco a media distancia.

—Le has dado un aire totalmente judío —dijo el sochantre estudiando las mejillas oliváceas y la mirada cargada de presentimiento.

—Y, ¿qué era Nuestra Señora, si no? —dijo Juan quitando los alfileres del pergamino—. Escucha, Clemente, si no vuelvo, que pongan esto en mi Gran San Lucas, sea quien sea el que lo termine —deslizó el dibujo dentro de una carpeta.

—Entonces, ¿es verdad que vuelves a irte a Burgos, como me han dicho?

—Dentro de dos días. La catedral nueva que están construyendo allí es buena para el alma, aunque esos albañiles son más lentos que la ira de Dios.

—¿Para tu alma? —pareció dudar el sochantre.

—Hasta para la mía, con tu permiso. Y en el sur, en el límite de las tierras conquistadas, hacia Granada, hay unos paños de oro moros muy buenos. Le quitan a uno las ideas vanas y las atraen hacia la imagen... igual que acabas de percibir tú ahora en mi Anunciación.

—Es... Era muy hermosa. No me extraña que te vayas. Pero, Juan, ¿no te olvidarás de tu absolución?

—Naturalmente —era una precaución que Juan no omitía nunca antes de salir en uno de sus viajes, igual que no omitía volverse a hacer la tonsura de la que se

había dotado en su juventud en las cercanías de Gante. Aquel signo externo le brindaba los privilegios del clero en caso de apuro, y siempre le valía algunos favores en el camino.

—No olvides tampoco lo que nos falta en el Scriptorium. Hoy día ya no queda un azul marino auténtico. Lo mezclan con ese azul de Alemania. Y en cuanto al bermejo...

—Haré todo lo que pueda.

—Y Fray Tomás —era el enfermero encargado del hospital del monasterio— necesita...

—Que me lo pida él. Voy a verlo para que me vuelva a rapar la tonsura.

Juan bajó las escaleras hacia el callejón que separa el hospital y las cocinas del claustro de atrás. Mientras lo tonsuraba, Fray Tomás (el enfermero manso, pero terco como una mula, de San Illod) le dio una lista de los medicamentos que tenía que traerle de España por las buenas, por las malas o por dinero. En esto los sorprendió el Abad Esteban, cojo y moreno, con su calzado de noche forrado de piel. No es que Esteban de Sautré fuera ningún espía, pero de joven había participado en una Cruzada malhadada que, tras una batalla en Mansura, había terminado con un cautiverio de dos años en El Cairo, entre los sarracenos, donde la gente aprende a andar silenciosamente. Era buen cazador y cetrero, bastante estricto, pero sobre todo era un hombre de ciencia, y había obtenido un doctorado en medicina bajo la instrucción de Ranulfo, Canónigo de San Pablo, y tenía más afición a las funciones hospitalarias del monasterio que a las religiosas. Inspeccionó la lista con gran interés y añadió algunos elementos. Cuando se retiró el enfermero, absolvió generosamente a Juan con objeto de abarcar posibles pecados de camino, porque no era partidario de las Indulgencias compradas.

—Y, ¿qué buscas en *este* viaje? —preguntó, sentado en el banco al lado del mortero y las balanzas en la celdita cálida donde se guardaban los medicamentos.

—Más que nada, diablos —dijo Juan con una sonrisa.

—¿En España? ¿No están Abana y Farpar...?

Juan, a quien los hombres no le importaban más que para dibujarlos, y que además era de alta cuna (su madre era de la familia de Sanford), miró al Abad a los ojos y le dijo:

—¿Lo creéis *de verdad*?

—No. También lo había en El Cairo. Pero, ¿para qué los necesitas?

—Para mi Gran San Lucas. De los Cuatro, es él quien más sabe de diablos.

—Es lógico. Era médico. Pero tú no.

—¡Dios lo impida! Pero estoy cansado de los diablos de los que habla siempre la Iglesia. No hay más que monos y cabras y aves de corral, todos mezclados. Con eso basta para unos infiernos normales en rojo y negro y para Días del Juicio normales y corrientes, pero a mí no me basta con eso.

—¿Por qué eres tan exquisito en materia de diablos?

—Porque lo lógico y lo artístico es que para las cosas infernales hagan falta diablos de todos los tipos. Por ejemplo, los siete que le exorcizaron a la Magdalena. Y serían diablesas, nada parecidas a los diablos comunes y corrientes con sus picos, sus cuernos y sus barbas.

El Abad se echó a reír.

—¡Pero sí es que es natural! Por ejemplo, el diablo que le sacaron al mudo. ¿De qué le iban a valer un hocico o un pico a *ése*? No tendría facciones, como los leprosos. Y sobre todo, ¡Dios quiera que pueda verlos yo!, los diablos que se apoderaron de los cerdos del gadareno. Serían... serían... Todavía no sé cómo serían, pero serían unos diablos formidables. Yo los pintaría tan diversos como los propios santos. Pero ahora son todos iguales; da lo mismo verlos en las paredes, en las ventanas o en los libros.

—Sigue, Juan. De este misterio sabes tú más que yo.

—¡Dios lo impida! Lo que digo es que los diablos merecen un respeto, por condenados que estén.

—Peligrosa doctrina.

—Lo que quiero decir es que si algo tiene una forma que valga la pena de representar ante el hombre, debe representarse lo mejor posible.

—Eso está mejor. Pero me alegro de haberte dado la absolución.

—Corre menos peligro el artesano que se ocupa de las formas externas de las cosas... para mayor gloria de la Santa Madre Iglesia.

—Quizá sea así, pero, Juan —la mano del Abad casi tocó la manga de Juan—, dime si es... si es mora o... o hebrea.

—Es mía —respondió Juan.

—¿Basta con eso?

—Yo creo que sí.

—¡Bien! ¡Ah, bien! Eso no entra en mi jurisdicción, pero... ¿qué les parece, allá en el Sur?

—Bueno, en España no se meten demasiado en esas cosas; ¡ni la Iglesia ni el rey, gracias a Dios! Hay demasiados moros y judíos para matarlos a todos, y si los expulsan no habría comercio ni agricultura. Podéis creerme si os digo que en tierras de infieles, desde Sevilla hasta Granada, vivimos juntos en amor y compañía: españoles, moros y judíos. Porque *nosotros* no preguntamos lo que es cada uno.

—Sí... sí —suspiró Esteban—. Y siempre queda la esperanza de que ella se convierta.

—Claro, siempre queda esa esperanza.

El Abad se fue al hospital. Eran tiempos flexibles, antes de que Roma impusiera normas estrictas a las relaciones que tenían los clérigos. Si la dama no era demasiado descarada, ni el hijo recibía demasiados de los beneficios y las

prebendas eclesiásticas de su padre, se pasaban muchas cosas por alto. Pero, como el Abad tenía buenos motivos para recordar, las uniones entre cristianos e infieles traían disgustos. Sin embargo, cuando Juan, con su mula, su cota de malla y su mozo de espuela, emprendió el camino hacia Southampton y el mar, Esteban lo envidió.

* * *

Volvió al cabo de veinte meses, en perfecto estado de salud y cargado de regalos. Un bloque de la más rica azurita, un lingote de bermellón de centro anaranjado y un paquetito de escarabajos secos, que dan un escarlata precioso, para el sochantre. Además, varios cubitos de un mármol lechoso, con un vago tono rosado, que se podían partir y moler para crear unos fondos incomparables. Traía por lo menos la mitad de los medicamentos que le habían pedido el Abad y Tomás, y un collar largo de cornalina de color rojo profundo para Ana de Norton, la dama del Abad. Ésta lo aceptó amablemente y le preguntó a Juan dónde lo había conseguido.

—Cerca de Granada —contestó.

—¿Todos bien por allí? —preguntó Ana (quizá el Abad le había contado algo de la confesión de Juan).

—A todos los dejé en manos de Dios.

—¡Dios mío! ¿Cuándo fue?

—Hace cuatro meses menos once días.

—¿Estabas... con ella?

—En mis brazos. Fue de parto.

—¿Y?

—El niño también. Ya no me queda nada.

Ana de Norton dio un respingo.

—Quizá sea mejor así —dijo al cabo de un rato.

—Con el tiempo quizá lo acepte. Pero todavía no.

—Tienes tu trabajo y tu arte, y recuerda, Juan, que en la tumba no hay celos.

—¡Sí! Tengo mi arte, y bien sabe el Cielo que no tengo celos de nadie.

—Demos gracias a Dios por eso, al menos —dijo Ana de Norton, la dama sempiternamente enferma que seguía al Abad con sus ojos hundidos—. Y puedes tener la seguridad de que guardaré esto —y tocó las cuentas— mientras viva.

—Os lo traje, os lo he confiado, precisamente por eso —replicó él, y se marchó.

Cuando Ana dijo al Abad su procedencia, el Abad no dijo nada, pero mientras estaba con Tomás en la celda guardando los medicamentos que les iba pasando Juan, con las espaldas vueltas hacia la cocina-chimenea del hospital, observó al entregarle una pastilla de jugo de amapola concentrado:

—Esto tiene la facultad de eliminar todo dolor del cuerpo humano.

—Así he visto —dijo Juan.

—Pero para el dolor del alma no hay más que una medicina, salvo la gracia de

Dios, y es el arte, el saber o cualquier otra ocupación de la mente humana.

—Así voy viendo también —fue la respuesta.

Juan pasó el primer día bueno de mayo en el bosque con el porquero del monasterio y sus cerdos, y volvió cargado de flores y ramos de primavera a su puesto ordenadísimo en la parte norte del Scriptorium. Allí, con sus cuadernos de dibujo de viaje bajo el codo izquierdo, se sumió olvidado de todo en su Gran San Lucas.

Fray Martín, el jefe de copistas (que no abría la boca para hablar más que una vez cada quince días), osó preguntar, más tarde cómo iba la obra.

—¡Lo tengo todo aquí! —dijo Juan dándose en la frente con el lápiz—. Lleva todos estos meses esperando, ¡Dios mío!, a nacer. ¿Has terminado tus copias limpias, Martín?

Fray Martín asintió. Se sentía orgulloso de que Juan de Burgos recurriera a él, pese a sus setenta años, para copiarle el texto del Evangelio.

—¡Entonces, mira! —y Juan le enseñó un pergamino nuevo, fino pero impecable—. ¡No hay hojas mejores que ésta de aquí a París! ¡Sí! Huele si quieres. Y por eso; pásame los compases y te enseñaré lo que has de hacer, si haces una letra más clara o más oscura que otra te empalo como a un cerdo.

—¡Jamás, Juan! —dijo el anciano con una sonrisa de felicidad.

—¡Te lo aseguro! ¡Ahora, mira! Aquí y aquí, donde estoy punteando, y con letras de esta altura exactamente, escribes los versículos 31 y 32 de San Lucas 8.

—¡Sí, lo de los cerdos del gadareno! «Y le rogaban que no los mandase ir al abismo, y había allí un hato de muchos cerdos...» —Fray Martín, naturalmente, se sabía los Evangelios de memoria.

—¡Eso es! Hasta llegar a «... y les dio permiso». Hazlo con mucha calma. Primero me tiene que salir mi Magdalena del corazón.

Fray Martín realizó el trabajo tan perfectamente que Juan robó unos dulces de la cocina del Abad para recompensarlo. El anciano se los comió; después se arrepintió; después se confesó e insistió en hacer penitencia. Ante lo cual el Abad, sabedor de que no había más que una forma de llegar al verdadero pecador, le dio un libro titulado *De Virtutibus Herbarum* para que lo copiara en limpio. El monasterio de San Illod se lo había pedido prestado a los lúgubres cistercienses, que no son partidarios de las cosas bonitas, y el apretado texto tuvo a Martín ocupado justo cuando Juan lo necesitaba para que le hiciera unas letras espaciadas de forma muy especial.

—Mira, Juan —dijo el sochantre con ánimo de reprobación—. No deberías hacer esas cosas. Ahora Fray Martín está haciendo penitencia por tu culpa...

—No; es por mi Gran San Lucas. Pero ya le he dado al cocinero del Abad lo que se merecía. Me he burlado tanto de él que ya ni siquiera los marmitones lo toman en serio. *Ese* no va a volver a delatarme.

—¡Muy mal hecho! Y ahora tampoco estás a bien con el Abad. No te habla

desde que volviste... No te ha pedido nunca que te sientes a su mesa.

—He estado ocupado. Y como Esteban tiene ojos con los que mirar, lo ha visto. Mira, Clemente, de Durham a Torre no hay bibliotecario que te llegue a la altura de los zapatos.

El sochantre se puso en guardia, pues sabía cómo solían terminar los cumplidos de Juan.

—Pero fuera del Scriptorium...

—Del que nunca salgo —el sochantre estaba excusado incluso de cultivar el huerto, para no estropearse las magníficas manos de encuadernador.

—En todo lo que no pertenece al Scriptorium eres el mayor ignorante de la Cristiandad. Puedes creerme, Clemente; he tropezado con muchísimos ignorantes.

—Siempre me llamas de todo —dijo Clemente con una sonrisa plácida—. Me tratas peor que a un niño del coro.

Se oía a uno de aquellos pobrecillos en el claustro de abajo, que chillaba mientras el chantre le tiraba del pelo.

—¡Dios te bendiga! ¡Es verdad! Pero, ¿te has parado alguna vez a pensar en lo que miento y robo por ti cuando estoy de viaje (y que tú sepas, a lo mejor incluso mato a gente), para traerte tus colores y tus tierras?

—Tienes razón —dijo Clemente, justo y arrepentido—. Muchas veces he pensado que si estuviera yo en el mundo (¡Dios lo impida!), podría ser un ladrón terrible de algunas cosas.

Incluso Fray Martín, inclinado sobre su detestado *De Virtutibus*, se echó a reír.

* * *

Pero hacia mediados del verano Tomás el enfermero transmitió a Juan la invitación del Abad a cenar en su casa aquella noche, con el ruego que llevara todo lo que tuviera hecho de su Gran San Lucas.

—¿De qué se trata? —preguntó Juan que había estado totalmente inmerso en su trabajo.

—Una de sus cenas «eruditas». Ya has asistido a unas cuantas desde que eres mayor de edad.

—Cierto, y casi siempre son muy buenas. ¿Cómo quiere Esteban que vayamos vestidos?

—Hábito y cogullas. Vendrá un médico de Salerno, un tal Ruggiero, italiano. Es sabio y famoso por su uso de la lanceta. Lleva diez días en la enfermería ayudándome... ¡Es hasta mejor que yo!

—Nunca había oído ese nombre. Pero nuestro Esteban es *physicus* antes que *sacerdos*. ¡Siempre!

—Y su dama está enferma desde hace algún tiempo. Ruggiero ha venido sobre todo por ella.

—Ah, ¿sí? Ahora que lo pienso hace tiempo que no veo a la señora Ana.

—Hace algún tiempo que no ves nada de nada. Lleva sin salir de casa casi un mes... Cuando sale, la tienen que llevar en andas.

—¿Tan mala está?

—Ruggiero de Salerno no quiere decir todavía su opinión. Pero...

—¡Que Dios se apiade de Esteban!... Y, ¿quién más va a venir a cenar, aparte de ti?

—Un fraile de Oxford. También se llama Roger. Un filósofo famoso y erudito. Y aguanta muy bien la bebida.

—Tres doctores, si se cuenta a Esteban. En mi experiencia eso significa dos ateos.

Tomás bajó la cabeza, incómodo y farfulló:

—Ese proverbio es impío. No deberías citarlo.

—¡Vamos! ¡No te hagas el santito conmigo, Tomás! Hace once años que eres enfermero de San Ilod, y todavía eres hermano lego. ¿Por qué no has tomado órdenes en todo este tiempo?

—Es que... Es que no soy digno.

—Eres diez veces más digno que ese cerdo gordo del nuevo, Enrique o como se llame, que canta las misas de la enfermería. Se te mete con el viático debajo de tus narices cuando los enfermos no tienen más que una debilidad porque acabas de sangrarlos. Y claro, los pobres se mueren... de puro miedo. ¡Y tú lo sabes! He visto el gesto que pones en esas ocasiones. Toma las órdenes, Dídimo. Así tus enfermos dispondrán de un poco más de medicina y un poco menos de misas, y vivirán más años.

—Soy indigno... indigno —con voz triste.

—No lo eres, pero tienes que hacer lo que creas mejor. Y ahora que mi trabajo me deja un poco de tiempo libre, estoy dispuesto a beber con cualquier filósofo de cualquier escuela. Y, Tomás —rogó—, déjame tomar un baño caliente en la enfermería antes de visperas.

* * *

Una vez terminada la cena, perfectamente cocinada y servida, y quitada de la mesa la finísima mantelería, y recibidas las llaves del Prior con el mensaje de que todo estaba cerrado en el monasterio, y devueltas las mismas llaves con el mensaje «Que así siga hasta Primas», el Abad y sus invitados salieron a refrescarse en el claustro alto por el que llegaron, tras cruzar bajo los tejados de plomo, hasta el Coro sur del lado del triforio. Todavía caía fuerte el sol veraniego, pues eran apenas las seis de la tarde, pero naturalmente la iglesia de la Abadía estaba como siempre en la sombra. Treinta pies más abajo se estaban encendiendo las luces para los ensayos del coro.

—Nuestro chantre no les da descanso —susurró el Abad—. Quedémonos junto a esta columna a ver lo que les está enseñando ahora.

—¡Recordad todos! —llegó la voz del chantre—. Es el alma misma de Bernardo

que ataca nuestro mundo de maldad. Hay que ser más rápidos que ayer y decirlo todo con suma claridad. ¡Los de arriba! ¡Empezad!

Empezó el órgano, solo y furioso durante un instante. Después se le unieron las voces en la primera frase vibrante del *De Contemptu Mundi*.

Hora novissima-tempora pessima... y una pausa de silencio hasta que el *sunt* de asentimiento salió, como un gemido, de la oscuridad, y la voz de un muchacho, más clara que si fuera una trompeta de plata, devolvió el lento *vigilemus*.

Ecce minaciter, imminet Arbiter (el órgano y las voces se habían desencadenado juntos, con tono de terror y de advertencia, hasta romper liquidamente en el *ille supremus*). Después los colores tonales cambiaron para el preludio a *Imminet, imminet, ut mala terminet...*

—¡Basta! ¡Otra vez! —exclamó el chantre, que explicó los motivos en tonos más elocuentes de lo habitual en los ensayos del coro.

—¡Ay! ¡Qué lamentable es la vanidad humana! Se ha dado cuenta de que estábamos aquí. ¡Vámonos! —dijo el Abad.

Ana de Norton, en su silla de manos, también había estado escuchando, en un punto más distante del triforio sombrío, junto con Ruggiero de Salerno. Juan la oyó gemir. En el camino de vuelta preguntó a Tomás cómo estaba de salud. Antes de que Tomás pudiera responder, el médico italiano, de facciones agudas, se interpuso entre ellos y dijo:

—Tras nuestra conversación, he creído que era mejor decírselo.

—¿Qué? —preguntó Juan directamente.

—Lo que ya sabía ella —dijo Ruggiero de Salerno, lanzándose a una cita en griego en el sentido de que las mujeres lo saben todo de todo.

—No entiendo el griego —dijo Juan secamente. Ruggiero de Salerno había pasado la cena haciendo citas en griego.

—Entonces os lo diré en latín. Ya lo dijo muy bien Ovidio. *Utque malum late solet immedicabile cancer...*, pero sin duda ya sabéis el resto, digno señor.

—¡Pobre de mí! El escaso latín que sé es el que he aprendido al oír a los idiotas que dicen curar a mujeres enfermas. *Hocus-pocus*, pero sin duda ya sabéis el resto, digno señor.

Ruggiero de Salerno se mantuvo en silencio hasta que volvieron al refectorio, cuya chimenea ya se había atizado, y en cuya mesa lateral había recipientes con dátiles, pasas, jengibre, higos y dulces con canela, amén de vinos selectos. El Abad se sentó, se sacó el anillo, lo lanzó, de modo que todos pudieran oír el tintineo, en una copa de plata vacía, alargó los pies hacia la chimenea y contempló el gran rosetón de estuco tallado de la bóveda. El silencio que separa a Completas de Maitines había invadido su mundo. El monje de cuello de toro observaba cómo un rayo de sol rompía en mil colores en el borde de un salero de cristal: Ruggiero de Salerno había reanudado una conversación con Fray Tomás

acerca de un tipo de fiebre eruptiva que los tenía absolutamente confundidos en Inglaterra y el extranjero; Juan tomó nota del perfil agudo y —quizá le sirviera como esbozo para el Gran San Lucas— se llevó la mano al pecho. El Abad lo vio e hizo una señal de asentimiento con la cabeza. Juan sacó su punta de plata y el cuaderno de dibujo.

—No... La modestia está muy bien, pero quiero oír tu opinión —exhortaba el italiano al enfermero. Por cortesía para con el extranjero casi toda la conversación se desarrollaba en bajo latín, más formal y más rico que el de iglesia que hablaban entre sí los monjes. Tomás empezó con su manso tartamudeo.

—Confieso que no sé qué pensar de la fiebre, salvo que, como decía Varrón en su *De Re Rustica*, hay a unos animalitos tan pequeños que no se pueden seguir con la vista y que entran en el cuerpo por la nariz y los ojos y crean graves enfermedades. Pero, claro, eso no está en las Escrituras.

Ruggiero de Salerno metió la cabeza hasta los hombros, como un gato enfadado.

—¡Siempre *lo mismo!* —dijo, y Juan tomó nota de la mueca que hacía con la boca.

—Tú nunca estás parado —dijo el Abad con una sonrisa dirigida al artista—. Deberías descansar cada dos horas para las oraciones, como nosotros. San Benito no era tonto. Dos horas es lo máximo que puede trabajar seguido uno, sea con las manos o con la vista.

—En cuanto a los copistas, sí. Fray Martín pierde seguridad al cabo de una hora. Pero cuando uno está poseído por el trabajo hay que seguir hasta que se le va la inspiración.

—Sí, es el Daimon de Sócrates —murmuró el fraile de Oxford por encima de su copa.

—Esa doctrina lleva a la soberbia —dijo el Abad—. Recuerda: «¿Puede un mortal ser más que su Creador?»

—No hay peligro de justicia —dijo el fraile en tono amargo—. Pero, por lo menos, cabría permitir al hombre que progresara en su arte o su pensamiento. Y, sin embargo, si la Santa Madre Iglesia ve que avanza en cualquier sentido, ¿qué dice? «¡No!» Siempre: «No».

—Pero si los animalitos de Varrón son invisibles —decía Ruggiero de Salerno a Tomás—, ¿cómo podemos encontrar una cura?

—Mediante la experimentación —se volvió de repente hacia ellos el fraile—. Mediante la razón y la experimentación. La una es inútil sin la otra. Pero la Santa Madre Iglesia...

—¡Sí! —Ruggiero de Salerno se lanzó a ese nuevo anzuelo como si fuera una carpa—. Escuchad, señores. Sus obispos —nuestros príncipes— llenan los caminos de nuestra Italia de cadáveres víctimas de su placer o de su ira. ¡Qué hermosos cadáveres! Pero si nosotros —los médicos— osamos ni siquiera

levantar la piel de uno de ellos para ver el tejido que Dios ha creado en su interior, ¿qué dice la Santa Madre Iglesia? « ¡Sacrilégio! ¡Limitáos a vuestros cerdos y vuestros perros u os quemamos vivos! »

— ¡Y no es sólo la Santa Madre Iglesia! —intervino el fraile—. Nos ponen barreras *en todas partes*. Barreras creadas por las palabras que dijo un hombre que murió hace mil años y que son definitivas. ¿Quién es cualquier hijo de Adán para que su palabra cierre las puertas a la verdad? Y no exceptuaría ni siquiera a Pedro el Peregrino, mi propio gran profesor.

— Ni yo a Paulo de Egina —exclamó Ruggiero de Salerno—. ¡Escuchad, señores! Hay un caso clarísimo. Apuleyo afirma que si un hombre toma en ayunas el zumo del botón de oro o ranúnculo, llamado *sceleratus*, o sea, lo malvado —esta aclaración con un gesto de condescendencia dirigido a Juan—, su alma abandonará su cuerpo entre risas. Pues bien, esa mentira es más peligrosa que la verdad, por contener una parte de verdad.

— ¡Ya se lanzó! —susurró el Abad, desesperado.

— Pues el jugo de esa hierba, como sé por experiencia, quema, inflama y seca la boca. También yo conozco el *ricтус*, o pseudorrisa, que tienen en el rostro los que han perecido por culpa del fortísimo veneno de las hierbas afines a ese ranúnculo. Claro que ese espasmo se asemeja a la risa. Parece, pues, a mi juicio, que Apuleyo, tras ver el cadáver de alguien envenenado con ese producto, se despistó y escribió que el hombre había muerto riéndose.

— Y no se quedó a observar ni a confirmar la observación con la experimentación —añadió el fraile frunciendo el ceño.

El Abad Esteban enarcó una ceja en dirección a Juan.

— Y, ¿qué opinas tú? —le preguntó.

— Yo no soy médico —contestó Juan—, pero diría que es posible que a lo largo de todos estos años los copistas hayan traicionado a Apuleyo. A veces abrevian para ahorrarse trabajo. Supongamos que Apuleyo escribiera que el alma *parece* abandonar el cuerpo con una risa, tras la ingestión de ese veneno. Por lo menos tres copistas de cada cinco (creo yo) omitirían la palabra « parece ». Pues, ¿quién va a discutir lo que dice Apuleyo? Si a él se lo parecía, es que debe ser verdad. Y por otra parte, hasta los niños saben que el botón de oro es muy malo.

— ¿Entendéis de hierbas? —preguntó Ruggiero de Salerno secamente.

— No sé más que cuando era niño y estaba en el convento, me hacía llagas en la boca y en el cuello con jugo de botón de oro para no tener que ir a las oraciones por la noche cuando hacía frío.

— ¡Ah! —dijo Ruggiero—. Yo no sé nada de esos trucos —y se volvió secamente a un lado.

— ¡No importa! Y en cuanto a tus trucos, Juan —dijo con tacto el Abad—, tienes que enseñar a los doctores tu Magdalena y tus cerdos del gadareno y los diablos.

—¿Diablos? ¿Qué diablos? Yo he producido diablos mediante drogas y los he abolido por los mismos medios. Que los diablos sean externos al hombre o inmanentes es lo que no he decidido todavía —dijo Ruggiero de Salerno, todavía airado.

—No lo oséis —exclamó el fraile de Oxford—. La Santa Madre Iglesia crea sus propios diablos.

—¡No siempre! Nuestro Juan ha regresado de España con unos nuevos —dijo el Abad Esteban tomando el pergamino que le habían pasado y depositándolo cuidadosamente en la mesa. Se reunieron a mirarlo. La Magdalena estaba dibujada en una grisalla palidísima, casi transparente, sobre un fondo violento y agitado de diablesas con faz de mujer, cada una de ellas atacada y devorada por su propio pecado peculiar, y, como cabía advertir, todas ellas en furioso combate con la Fuerza que la dominaba.

—Nunca había visto un sombreado gris así —dijo el Abad—. ¿Cómo lo has aprendido?

—*¡Non nobis!* Se me ocurrió solo —dijo Juan, sin saber que se había adelantado por lo menos en una generación al uso de ese medio.

—¿Por qué está tan pálida? —preguntó el fraile.

—Todo el mal ha salido de ella... Ahora puede adoptar cualquier color.

—Ya. Como la luz por el cristal. Entiendo.

Ruggiero de Salerno miraba en silencio, con la nariz casi metida en la página. Por fin se pronunció:

—Así es. Eso es lo que ocurre con la epilepsia: la boca, los ojos y la frente, incluso ese gesto de la muñeca. ¡Todos los síntomas! Necesita reconstituyentes, esta mujer, y después dormir mucho. Nada de zumo de amapola, porque vomitaría al despertarse. Y después... ¡Pero no estoy en mi escuela! —se puso en pie—. Señor mío —dijo—, deberíais pertenecer a nuestra profesión. Porque, por el alma de Esculapio, lo juro: ¡Sabéis *ver!*

Se estrecharon las manos como iguales.

—Y, ¿qué opináis de los siete diablos? —continuó diciendo el Abad.

Éstos se fundían en cuerpos retorcidos como llamas o como flores, cuyos colores iban del verde fosforescente al púrpura negruzco de la iniquidad más desgastada, en medio de cuya sustancia se podía ver cómo les latían los corazones. Pero, como indicio de esperanza y de la recuperación de una vida más normal, el margen derecho estaba lleno de flores y pájaros primaverales y convencionales, todo ello coronado por un martín pescador posado en un matojo de iris amarillos. Ruggiero de Salerno identificó las hierbas y se *explayó* sobre sus virtudes.

—Y ahora los cerdos del gadareno —dijo Esteban.

Juan puso su pintura en la mesa.

Ahora se veían diablos desalojados, temerosos de caer en el vacío, agrupados y lanzándose juntos para forzar la entrada por cualquier orificio en los cuerpos de

los brutos que se les ofrecían. Algunos de los cerdos combatían la invasión y se agitaban espumarajeados; otros cedían a ella, adormilados, como si se les estuviera brindando un masaje de lujo; otros, totalmente poseídos, se lanzaban trotando en piara al lago de abajo. En un rincón, el hombre exorcizado estiraba los miembros sobre los que había recuperado el control, y Nuestro Señor, sentado, lo contemplaba como preguntándose qué haría tras su liberación.

—¡Desde luego que son diablos! —comentó el fraile—. Pero de un tipo completamente nuevo.

Algunos de los diablos eran meros bultos, con lóbulos y protuberancias, con la sugerencia de un rostro demoníaco que atisbaba entre paredes gelatinosas. Y había una familia de diablillos impacientes y globulares que habían reventado el vientre de su madre gesticulante y giraban desesperados hacia su presa. Otros habían adoptado la forma de varas, cadenas y escaleras, solos o en grupo, y se aferraban a la garganta y las fauces de una cerda chillona, de cuya oreja salía la cola cristalina y como un látigo de un diablo que había penetrado en su refugio. Y había diablos granulares y conglomerados, mezclados con la espuma y la saliva donde más feroz era el ataque. Desde allí, la vista se dirigía a los dorsos demencialmente activos de los cerdos que corrían al abismo, a la cara estupefacta del porquero y al terror del perro de éste.

Ruggiero de Salerno dijo:

—Declaro que éstos habían ingerido drogas. Son inconcebibles para cualquier mente racional.

—Éstos no —dijo Tomás el enfermero, que como sirviente del monasterio hubiera debido pedir permiso a su Abad antes de hablar—. Éstos no. ¡Mirad el margen!

El margen de la pintura era una orla de compartimentos o celdas irregulares, pero en equilibrio, donde había sentados, nadando o inmóviles, diablos en blanco, por así decirlo; cosas todavía no inspiradas por el Mal, indiferentes, pero absurdamente fuera del alcance de toda imaginación. Sus formas se asemejaban también a escaleras, cadenas, flagelos, diamantes, capullos abortados o globos fosforescentes y grávidos, algunos casi como estrellas.

Ruggiero de Salerno los comparó a las obsesiones mentales de un eclesiástico.

—¿Malignas? —preguntó el fraile de Oxford.

—Habéis de saber que todo lo que se desconoce es horrible —citó Ruggiero despectivo.

—Yo no. Pero son maravillosos... maravillosos. Creo...

El fraile dio un paso atrás. Tomás se acercó a mirar más de cerca y entreabrió la boca.

—Habla —dijo Esteban, que lo había estado observando—. Aquí todos somos doctores en algo.

—Yo diría, pues —dijo Tomás a toda prisa, como quien se juega la vida con sus

palabras— que esas formas de abajo del margen pueden no ser tan diabólicas ni tan malignas como los modelos y los patrones que ha ideado Juan y con los que ha embellecido sus propios diablos entre los cerdos de más arriba.

—Y, ¿qué significa eso? —preguntó adusto Ruggiero de Salerno.

—A mi pobre entender que quizá haya visto esas formas... y sin necesidad de drogas.

—¿Y quién, *quién* —preguntó Juan de Burgos tras un juramento rotundo e imprudente— te ha dado tanta sabiduría de pronto, indeciso mío?

—¿Sabio yo? ¡Dios lo impida! Pero, Juan, recuerda: un invierno, hace seis años, los copos de nieve que se te fundían en la manga a la entrada de la cocina. Me los enseñaste con un cristalito que hace que las cosas parezcan más grandes.

—Sí. Los moros llaman a esos cristalitos el Ojo de Alá —confirmó Juan.

—Me enseñaste cómo se derretían: tenían seis lados. Dijiste que éstos eran tus modelos.

—Cierto. Los copos de nieve se funden por seis lados. Los he utilizado mucho para el fondo de las orlas.

—¿Copos de nieve vistos por un cristalito? ¿Por arte óptica? —preguntó el fraile.

—¿Arte óptica? Nunca he oído hablar de eso —exclamó Ruggiero de Salerno.

—Juan —dijo el Abad de San Illod en tono imperioso—, ¿era... es verdad eso?

—En cierto sentido —replicó Juan—, Tomás tiene razón. Las formas de los márgenes fueron mi modelo de taller de los diablos de arriba. En *mi* oficio, Salerno, no osamos drogarnos. Eso mata la mente y la vista. Mis formas son las que se ven honestamente, en la naturaleza.

El Abad le acercó un bol de agua de rosas.

—Cuando estaba yo preso de... de los sarracenos, después de Mansura — empezó a hablar subiéndose una de las largas mangas—, había unos magos, unos físicos, que podían mostrar —y hundió delicadamente el dedo mayor en el agua — todo el firmamento del Infierno, por así decirlo, en un *supernaculum* así de chico —dijo dejando caer una gotita de agua de la uña pulquérrima en la mesa.

—Pero tiene que ser agua sucia, no limpia —dijo Juan.

—Entonces muéstranoslo todo... todo. Quiero asegurarme... una vez más —dijo Esteban, esta vez en tono oficial de Abad. Juan se sacó del pecho una cajita de cuero pirograbado, de seis o siete pulgadas de largo, en cuyo interior, sobre un forro de terciopelo descolorido, había algo parecido a unos compases incrustados en plata y hechos de madera vieja, con un tornillo en la cabeza que abría y cerraba las patas en fracciones minúsculas. Las patas no terminaban en puntas, sino en forma de cuchara, una espátula perforada con un agujero circundado de metal de menos de un cuarto de pulgada de diámetro, el otro con un agujero de media pulgada. En este último Juan, tras limpiarlo cuidadosamente con un paño de seda, insertó un cilindro metálico que llevaba, según parecía, un trozo de cristal a cada extremo.

—¡Ah! ¡Arte óptica! —dijo el fraile—. Pero, ¿qué es eso de debajo?

Era una planchita móvil de plata pulimentada, no mayor que un florín, que recogía la luz y la concentraba en el agujero más chico. Juan la ajustó sin aceptar la ayuda que le ofrecía el fraile.

—Y ahora vamos a buscar una gota de agua —dijo cogiendo un pincelito.

—Vamos a mi claustro de arriba. Allí todavía da el sol —dijo el Abad, levantándose.

Lo siguieron. A mitad de camino, una gotera de los caños había creado un charco verdoso en una piedra gastada. Cuidadosamente, Juan dejó caer una gota en el agujero más chico de la pata del compás, y tras afianzar el aparato en una barandilla, hizo girar el tornillo en la articulación del compás, atornilló el cilindro, y fue corriendo el eje del espejo hasta quedar satisfecho.

—¡Bien! —miró por el artillugio—. Aquí están todas mis formas. ¡Mirad ahora, Padre! Si no las podéis ver al principio, dad la vuelta en este borde, a la derecha o a la izquierda.

—No se me ha olvidado —dijo el Abad al acercarse—. ¡Sí! Ahí está, igual que en mis tiempos... en mis tiempos de antes. Son infinitos, como me dijeron... ¡Infinitos!

—Se va a ir la luz ¡Dejadme mirar! ¡Permitidme que también lo mire yo! —rogó el fraile, casi empujando a Esteban para apartarlo del aparato. El Abad se hizo a un lado. Contemplaba el tiempo pasado. Pero el fraile, en lugar de mirar, dio la vuelta al aparato en sus manos hábiles.

—No, no —interrumpió Juan, pues el fraile ya casi estaba destornillándolo todo—. Dejad que mire el doctor.

Ruggiero de Salerno estuvo mirando minutos y minutos. Juan vio cómo le palidecían los pómulos surcados de venitas azules. Por fin dio un paso atrás, como conmocionado.

—Es un mundo nuevo, un mundo nuevo, y ¡qué injusto es Dios! ¡yo ya soy un viejo!

—Y ahora Tomás —ordenó Esteban.

Juan manipuló el tubo para el enfermero, al que le temblaban las manos, y también éste estuvo mirando largo rato.

—Es la Vida —dijo al fin—. ¡No es el Infierno! La vida creada y gozosa: la obra del Creador. Viven, tal como soñaba yo. Entonces no era pecado soñarlo. No era pecado... ¡Ah, Dios mío, no era pecado!

Se hincó de rodillas y empezó histérico a recitar el *Benedicite omnia Opera*.

—Y ahora quiero ver cómo funciona —dijo el fraile de Oxford volviendo a adelantarse.

—Tráelo adentro. Aquí todo son ojos y oídos —dijo Esteban.

Volvieron en silencio por el claustro, con tres condados ingleses a sus pies bajo el sol del crepúsculo; iglesia tras iglesia; monasterio tras monasterio, celda tras

celda, y la masa de una catedral enorme anclada al borde de la teoría de bajíos del atardecer. Cuando regresaron a la mesa se volvieron a sentar, todos menos el fraile, que se acercó a la ventana y se inclinó como un murciélago sobre el objeto.

—¡Ya entiendo! ¡Ya entiendo! —repetía en voz baja.

—No va a estropearlo —dijo Juan. Pero el Abad, que miraba sin ver, igual que Ruggiero de Salerno, no contestó. El enfermero tenía la cabeza apoyada en la mesa, entre las manos temblorosas.

Juan alargó la mano en busca de una copa de vino.

—Una vez me mostraron —dijo el Abad, hablando solo—, cuando estaba yo en El Cairo, que el hombre se halla siempre entre dos infinitos: el de la grandeza y el de la pequeñez. Por consiguiente, no hay final... ni de la vida... ni...

—Y yo estoy con un pie en la tumba —renegó Ruggiero de Salerno—. ¿Quién se apiada de mí?

—¡Silencio! —dijo Tomás el enfermero—. Esas pequeñas criaturas serán santificadas... santificadas al servicio de sus enfermos.

—¿Para qué? —Juan de Burgos se secó los labios—. No hace más que mostrar la forma de las cosas. Da imágenes muy buenas. Me lo dieron en Granada. Me dijeron que lo habían traído del Oriente.

Ruggiero de Salerno rió con la malicia del anciano:

—¿Y la Santa Madre Iglesia? ¿Nuestra Santísima Madre Iglesia? Si llega a sus oídos que hemos espionado su Infierno sin su consentimiento, ¿qué hará de nosotros?

—Mandarnos a la hoguera —dijo el Abad de San Illod y después, levantando un poco la voz—: ¿Has oído eso? Roger Bacon, ¿has oído eso?

El fraile se dio la vuelta apretando más los compases en sus manos.

—¡No, no! —exclamó—. Con Falcodí no, con nuestro Foulkes de corazón inglés hecho Papa, no. Es un sabio, es un erudito. Lee mis obras. Foulkes nunca lo permitiría.

—El Santo Padre es una cosa y la Santa Madre Iglesia es otra —entonó Ruggiero.

—Pero yo... Yo puedo atestiguar que no es cosa de magia —continuó el fraile—. No es nada de magia, sino de arte óptica, de una sabiduría obtenida mediante pruebas y experimentaciones, os digo. Puedo demostrarlo, y mi... mi nombre tiene un cierto peso entre los hombres que osan pensar.

—¡Ponte a buscarlos! —graznó Ruggiero de Salerno—. Habrá cinco o seis en todo el mundo. Juntos sus cenizas pesarían menos de 50 libras en la hoguera. Ya he visto cómo se... reducía a hombres así.

—¡No voy a renunciar a esto! —dijo el fraile, con la voz rota por la tensión y la desesperación—. Sería pecar contra la Luz.

—¡No, no! Santifiquemos a los animalitos de Varrón —dijo Tomás.

Esteban se inclinó hacia adelante, sacó el anillo de la copa y se lo volvió a colocar en el dedo.

—Hijos míos —dijo—, hemos visto lo que hemos visto.

—Que no es magia, sino simple arte —persistió el fraile.

—Da lo mismo. A los ojos de la Santa Madre Iglesia hemos visto más de lo que está permitido al hombre.

—Pero era la vida, creada y gozosa —dijo Tomás.

—El mirar el Infierno, que es lo que se dirá de nosotros, lo que se probará de nosotros, el haberlo mirado, es cosa sólo de sacerdotes.

—O de vírgenes enfermizas en la vía de la santidad, que si te pudieran decir las parteras...

La mano medio levantada del Abad cortó el estallido de Ruggiero de Salerno.

—Y ni siquiera los sacerdotes pueden ver más del Infierno de lo que la Iglesia sabe que éste contiene. Juan, hay que respetar a la Iglesia tanto como a los diablos.

—Mi oficio es el exterior de las cosas —dijo Juan pausadamente—. Tengo mis modelos.

—Pero quizá hayas de volver a mirar en busca de más —dijo el fraile.

—En mi oficio, una cosa ya hecha no se repite. Después buscamos nuevas formas.

—Y si traspasamos los límites, aunque sea con el pensamiento, quedamos expuestos al juicio de la Iglesia —continuó el Abad.

—Pero tú sabes... *¡sabes!* —volvió al ataque Ruggiero de Salerno—. Aquí está todo el mundo sumido en la oscuridad acerca de las causas de las cosas... desde la fiebre que hay en las casas de enfrente hasta la enfermedad que roe a tu dama, a tu propia dama. *¡Piénsalo!*

—*¡Ya lo he pensado, Salerno! Claro que lo he pensado.*

Tomás el enfermero volvió a levantar la cabeza, y esta vez no tartamudeó en absoluto:

—Al igual que en el agua, deben de pelear y matarse entre sí en la sangre. Llevo diez años soñando y creía que era pecado, ¡pero mis sueños y los de Varrón son ciertos! *¡Volved a pensarlo! ¡Tenemos la Luz al alcance de la mano!*

—*¡Apágala! Tú no aguantarías el fuego mejor que... que cualquier otro. Te voy a exponer el caso tal como lo haría la Iglesia. Como lo haría yo mismo. Nuestro Juan vuelve de tierra de moros y nos muestra un infierno de diablos enfrentados en el espacio de una gota de agua. ¡Magia indisputable! ¡Ya oigo crepitar la leña!*

—*¡Pero tú lo sabes! ¡Tú ya lo habías visto antes! ¡Por amor a la pobre humanidad! ¡Por nuestra amistad de siempre, Esteban! —el fraile trataba de meterse los compases en el seno mientras hablaba.*

—Lo que sabe Esteban de Sautré también lo sabéis vosotros, sus amigos. Ahora quiero que obedezcáis al Abad de San Illod. *¡Dámelo!* —y alargó la mano en la que llevaba el anillo.

—*¡Puedo... podría nuestro Juan... hacer un dibujo aunque sea de uno de los*

tornillos? —preguntó apenado el fraile.

—¡Nada de eso! —Esteban tomó el instrumento—. Tu daga, Juan. No hace falta que la desenvaines.

Desatornilló el cilindro de metal, lo puso en la mesa y con el pomo de la daga rompió el cristal hasta reducirlo a un polvo centelleante, que recogió en una mano y echó a la chimenea.

—Parecería —dijo— que la opción está entre dos pecados. Negar al mundo una Luz que está a nuestra mano o iluminar al mundo antes de tiempo. Lo que habéis visto, ya lo había visto yo entre los médicos de El Cairo. Y sé de qué doctrina lo tomaron. ¿Tú has soñado, Tomás? Yo también, y con más conocimiento de causa. Pero este nacimiento, hijos míos, es prematuro. No hará sino causar más muertes, más torturas, más divisiones y más oscuridad en esta edad ya tan sombría. Por ello yo, que conozco tanto mi mundo como la Iglesia, cargo con esta decisión sobre mi conciencia. ¡Idos! Esto se ha acabado.

Lanzó la parte de madera de los compases en medio de los troncos de arce hasta que el fuego lo consumió todo.

El jardinero

Una tumba se me dio
Una guardia hasta el Día del Juicio
Y Dios miró desde el Cielo
Y la losa me quitó.

*Un día en todos los años
Una hora de ese día
Su Ángel vio mis lágrimas
¡Y la losa se llevó!*

En el pueblo todos sabían que Helen Turrell cumplía sus obligaciones con todo el mundo, y con nadie de forma más perfecta que con el pobre hijo de su único hermano. Todos los del pueblo sabían, también, que George Turrell había dado muchos disgustos a su familia desde su adolescencia, y a nadie le sorprendió enterarse de que, tras recibir múltiples oportunidades y desperdiciarlas todas, George, inspector de la policía de la India, se había enredado con la hija de un suboficial retirado y había muerto al caerse de un caballo unas semanas antes de que naciera su hijo. Por fortuna, los padres de George ya habían muerto, y aunque Helen, que tenía treinta y cinco años y poseía medios propios, se podía haber lavado las manos de todo aquel lamentable asunto, se comportó noblemente y aceptó la responsabilidad de hacerse cargo, pese a que ella misma, en aquella época, estaba delicada de los pulmones, por lo que había tenido que irse a pasar una temporada al sur de Francia. Pagó el viaje del niño y una niñera desde Bombay, los fue a buscar a Marsella, cuidó al niño cuando tuvo un ataque de disentería infantil por culpa de un descuido de la niñera, a la cual tuvo que despedir y, por último, delgada y cansada, pero triunfante, se llevó al niño a fines de otoño, plenamente restablecido a su casa de Hampshire.

Todos esos detalles eran del dominio público, pues Helen era de carácter muy abierto y mantenía que lo único que se lograba con silenciar un escándalo era darle mayores proporciones. Reconocía que George siempre había sido una oveja negra, pero las cosas hubieran podido ir mucho peor si la madre hubiera insistido en su derecho a quedarse con el niño. Por suerte parecía que la gente de esa clase estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa por dinero, y como George siempre había recurrido a ella cuando tenía problemas, Helen se sentía justificada —y sus amigos estaban de acuerdo con ella— al cortar todos los lazos con la familia del suboficial y dar al niño todas las ventajas posibles. Lo primero fue que el pastor bautizara al niño con el nombre de Michael. Nada indicaba hasta entonces, decía la propia Helen, que ella fuera muy aficionada a los niños, pero pese a todos los defectos de George siempre lo había querido mucho, y

señalaba que Michael tenía exactamente la misma boca que George, lo cual ya era un buen punto de partida. De hecho, lo que Michael reproducía con más fidelidad era la frente, amplia, despejada y bonita de los Turrell. La boca la tenía algo mejor trazada que el tipo familiar. Pero Helen, que no quería reconocer nada por el lado de la madre, juraba que era un Turrell perfecto, y como no había nadie que se lo discutiera, la cuestión del parecido quedó zanjada para siempre.

En unos años Michael pasó a formar parte del pueblo, tan aceptado por todos como siempre lo había sido Helen: intrépido, filosófico y bastante guapo. A los seis años quiso saber por qué no podía llamarle «mamá», igual que hacían todos los niños con sus madres. Le explicó que no era más que su tía, y que las tías no eran lo mismo que las mamás, pero que si quería podía llamarle «mamá» al irse a la cama, como nombre cariñoso y secreto entre ellos dos. Michael guardó fielmente el secreto, pero Helen, como de costumbre, se lo contó a sus amigos, y cuando Michael se enteró se puso furioso.

—¿Por qué se lo has dicho? ¿Por qué?—preguntó al final de la rabieta.

—Porque lo mejor es decir siempre la verdad—respondió Helen, que lo tenía abrazado mientras él pataleaba en la cuna.

—Bueno, pero cuando la verdad es algo feo no me parece bien.

—¿No te parece bien?

—No, y además—y Helen sintió que se ponía tenso—, además, ahora que lo has dicho ya no te voy a llamar «mamá» nunca, ni siquiera al acostarme.

—Pero ¿no te parece una crueldad?—preguntó Helen en voz baja.

—¡No me importa! ¡No me importa! Me has hecho daño y ahora te lo quiero hacer yo. ¡Te haré daño toda mi vida!

—¡Vamos, guapo, no digas esas cosas! No sabes lo que...

—¡Pues sí! ¡Y cuando me haya muerto te haré todavía más daño!

—Gracias a Dios yo me moriré mucho antes que tú, cariño.

—¡Ja! Emma dice que nunca se sabe—Michael había estado hablando con la anciana y fea criada de Helen—. Hay muchos niños que se mueren de pequeños, y eso es lo que voy a hacer yo. ¡Entonces verás!

Helen dio un respingo y fue hacia la puerta, pero los llantos de «¡mamá, mamá!» le hicieron volver y los dos lloraron juntos.

* * *

Cuando cumplió los diez años, tras dos cursos en una escuela privada, algo o alguien le sugirió la idea de que su situación familiar no era normal. Atacó a Helen con el tema, y derribó sus defensas titubeantes con la franqueza de la familia.

—No me creo ni una palabra—dijo animadamente al final—. La gente no hubiera dicho lo que dijo si mis padres se hubieran casado. Pero no te preocupes, tía. He leído muchas cosas de gente como yo en la historia de Inglaterra y en las

cosas de Shakespeare. Para empezar, Guillermo el Conquistador y... bueno, montones más, y a todos les fue estupendo. A ti no te importa que yo sea... eso, ¿verdad?

—Como si me fuera a... —empezó ella.

—Bueno, pues ya no volvemos a hablar del asunto si te hace llorar.

Y nunca lo volvió a mencionar por su propia voluntad, pero dos años después, cuando contrajo las anginas durante las vacaciones, y le subió la temperatura hasta los 40 grados, no habló de otra cosa hasta que la voz de Helen logró traspasar el delirio, con la seguridad de que nada en el mundo podía hacer que cambiaran las cosas entre ellos.

Los cursos en su internado y las maravillosas vacaciones de Navidades, Semana Santa y verano se sucedieron como una sarta de joyas variadas y preciosas, y como tales joyas las atesoraba Helen. Con el tiempo, Michael fue creándose sus propios intereses, que fueron apareciendo y desapareciendo sucesivamente, pero su interés por Helen era constante y cada vez mayor. Ella se lo devolvía con todo el afecto del que era capaz, con sus consejos y con su dinero, y como Michael no era ningún tonto, la guerra se lo llevó justo antes de lo que prometía ser una brillante carrera.

En octubre tenía que haber ido a Oxford con una beca^[5]. A fines de agosto estaba a punto de sumarse al primer holocausto de muchachos de los internados privados que se lanzaron a la primera línea del combate, pero el capitán de su compañía de milicias estudiantiles, en la que era sargento desde hacía casi un año, lo persuadió y lo convenció para que optara a un despacho de oficial en un batallón de formación tan reciente que la mitad de sus efectivos seguía llevando la guerrera roja, del antiguo ejército, y la otra mitad estaba incubando la meningitis debido al hacinamiento en tiendas de campaña húmedas. A Helen le había estremecido la idea de que se alistara directamente.

—Pero es la costumbre de la familia —había reído Michael.

—¿No me irás a decir que te has seguido creyendo aquella vieja historia todo este tiempo? —dijo Helen (Emma, la criada, había muerto hacía años)—. Te he dado mi palabra de honor, y la repito, de que... que... no pasa nada. Te lo aseguro.

—Bah, a mí no me preocupa eso. Nunca me ha preocupado —replicó Michael indiferente—. A lo que me refería era a que de haberme alistado ya habría entrado en faena... Igual que mi abuelo.

—¡No digas esas cosas! ¿Es que tienes miedo de que acabe demasiado pronto?

—No caerá esa breva. Ya sabes lo que dice K.^[6]

—Sí, pero el lunes pasado me dijo mi banquero que era *imposible* que durase hasta después de Navidad. Por motivos financieros.

—Ojalá tenga razón. Pero nuestro coronel, que es del ejército regular, dice que

va a ir para largo.

El batallón de Michael tuvo buena suerte porque, por una casualidad que supuso varios « permisos », fue destinado a la defensa costera en trincheras bajas de la costa de Norfolk; de ahí lo enviaron al norte a vigilar un estuario escocés, y por último lo retuvieron varias semanas con rumores infundados de un servicio en algún lugar apartado. Pero, el mismo día en que Michael iba a pasar con Helen cuatro horas enteras en una encrucijada ferroviaria más al norte, lanzaron al batallón al combate a raíz de la matanza de Loos y no tuvo tiempo más que para enviarle un telegrama de despedida.

En Francia, el batallón volvió a tener suerte. Lo destacaron cerca del Saliente, donde llevó una vida meritoria y sin complicaciones, mientras se preparaba la batalla del Somme, y disfrutó de la paz de los sectores de Armentieres y de Laventie cuando empezó aquella batalla. Un jefe de unidad avisado averiguó que el batallón estaba bien entrenado en la forma de proteger sus flancos y de atrincherarse, y se lo robó a la División a la que pertenecía, so pretexto de ayudar a poner líneas telegráficas, y lo utilizó en general en la zona de Ypres.

Un mes después, y cuando Michael acababa de escribir a Helen que no pasaba nada especial y por lo tanto no había que preocuparse, un pedazo de metralla que cayó en una mañana de lluvia lo mató instantáneamente. El proyectil siguiente hizo saltar lo que hasta entonces habían sido los cimientos de la pared de un establo, y sepultó el cadáver con tal precisión que nadie salvo un experto hubiera podido decir que había pasado algo desagradable.

* * *

Para entonces el pueblo ya tenía mucha experiencia de la guerra y, en plan típicamente inglés, había ido elaborando un ritual para adaptarse a ella. Cuando la jefa de correos entregó a su hija de siete años el telegrama oficial que debía llevar a la señorita Turrell, observó al jardinero del pastor protestante: « Le ha tocado a la señorita Helen, esta vez », y él replicó, pensando en su propio hijo: « Bueno, ha durado más que otros. » La niña llegó a la puerta principal toda llorosa, porque el señorito Michael siempre le daba caramelos. Al cabo de un rato, Helen se encontró bajando las persianas de la casa una tras otra y diciéndole a cada ventana: « Cuando dicen que ha desaparecido significa siempre que ha muerto. »

Después ocupó su lugar en la lúgubre procesión que había de pasar por una serie de emociones estériles. El pastor protestante, naturalmente, predicó la esperanza y profetizó que muy pronto llegarían noticias de algún campo de prisioneros. Varios amigos también le contaron historias completamente verdaderas, pero siempre de otras mujeres a las que al cabo de meses y meses de silencio, les habían devuelto sus desaparecidos. Otras personas le aconsejaron que se pusiera en contacto con secretarios infalibles de organizaciones que podían comunicarse con neutrales benévolos y podían extraer información incluso de los

comandantes más reservados de los hunos^[7]. Helen hizo, escribió y firmó todo lo que le sugirieron o le pusieron delante de los ojos. Una vez, en uno de sus permisos, Michael la había llevado a una fábrica de municiones, donde vio cómo iba pasando una granada por todas las fases, desde el cartucho vacío hasta el producto acabado. Entonces le había asombrado que no dejaran de manosear en un solo momento aquel objeto horrible, y ahora, al preparar sus documentos, pensaba: « Me están transformando en una afligida pariente » .

En su momento, cuando todas las organizaciones contestaron diciendo que lamentaban profunda o sinceramente no poder hallar, etc., algo en su fuero interno cedió y todos sus sentimientos —salvo el de agradecimiento por esta liberación— acabaron en una bendita pasividad. Michael había muerto, y su propio mundo se había detenido, y ella se había parado con él. Ahora ella estaba inmóvil y el mundo seguía adelante, pero no le importaba: no le afectaba en ningún sentido. Se daba cuenta por la facilidad con la que podía pronunciar el nombre de Michael en una conversación e inclinar la cabeza en el ángulo apropiado, cuando los demás pronunciaban el murmullo apropiado de condolencia.

Cuando por fin comprendió que aquello era que se estaba empezando a consolar, el armisticio con todos sus repiques de campanas le pasó por encima y no se enteró. Al cabo de un año más había superado todo su aborrecimiento físico a los jóvenes vivos que regresaban, de forma que ya podía darles la mano y deseárselos todo género de venturas casi con sinceridad. No le interesaba para nada ninguna de las consecuencias de la guerra, ni nacionales ni personales; sin embargo, sintiéndose inmensamente distante, participó en varios comités de socorro y expresó opiniones muy firmes —porque podía escucharse mientras hablaba— acerca del lugar del monumento a los caídos del pueblo que éste proyectaba construir.

Después le llegó, como pariente más próxima, una comunicación oficial —que respaldaban una carta dirigida a ella en tinta indeleble, una chapa de identidad plateada y un reloj— en la que se le notificaba que se había encontrado el cadáver del teniente Michael Turrell y que, tras ser identificado, se le había vuelto a enterrar en el Tercer Cementerio Militar de Hagenzeele, con indicación de la letra de la fila y el número de la tumba.

De manera que ahora Helen se vio empujada a otro proceso de transformación: a un mundo lleno de parientes contentos o destrozados, seguros ya de que existía un altar en la tierra en el que podían consagrar su cariño. Y éstos pronto le explicaron, y le aclararon con horarios transparentes, lo fácil que era y lo poco que perturbaría su vida el ir a ver la tumba de su propio pariente.

—No es lo mismo —como dijo la mujer del pastor protestante— que si lo hubieran matado en Mesopotamia, o incluso en Galipoli.

La agonía de que la despertaran a una especie de segunda vida llevó a Helen a

cruzar el Canal de la Mancha, donde, en un nuevo mundo de títulos abreviados, se enteró de que a Hagenzeele Tres se podía llegar cómodamente en un tren de la tarde que enlazaba con el transbordador de la mañana, y de que había un hotelito agradable a menos de tres kilómetros del propio Hagenzeele, donde se podía pasar una noche con toda comodidad y ver a la mañana siguiente la tumba del caído. Todo esto se lo comunicó una autoridad central que vivía en una chabola de tablas y cartón en las afueras de una ciudad destruida, llena de polvareda de cal y de papeles agitados por el viento.

—A propósito —dijo la autoridad—, usted sabe dónde está su tumba, evidentemente.

—Sí, gracias —dijo Helen, y mostró la fila y el número escritos en la máquina de escribir portátil del propio Michael. El oficial hubiera podido comprobarlo en uno de sus múltiples libros, pero se interpuso entre ellos una mujerona de Lancashire pidiéndole que le dijera dónde estaba su hijo, que había sido cabo del Cuerpo de Transmisiones. En realidad se llamaba Anderson, pero como era de una familia respetable se había alistado, naturalmente, con el nombre de Smith, y había muerto en Dickiebus, a principios de 1915. No tenía el número de su chapa de identidad ni sabía cuál de sus dos nombres de pila podía haber utilizado como alias, pero a ella le habían dado en la Agencia Cook un billete de turista que caducaba al final de Semana Santa y, si no encontraba a su hijo antes, podía volverse loca. Al decir lo cual cayó sobre el pecho de Helen, pero rápidamente salió la mujer del oficial de un cuartito que había detrás de la oficina y entre los tres, llevaron a la mujer a la cama turca.

—Esto pasa muy a menudo —dijo la mujer del oficial, aflojando el corsé de la desmayada—. Ayer dijo que lo habían matado en Hooge. ¿Está usted segura de que sabe el número de su tumba? Eso es lo más importante.

—Sí, gracias —dijo Helen, y salió corriendo antes de que la mujer de la cama turca empezara a sollozar.

* * *

El té que se tomó en una estructura de madera a rayas malvas y azules, llena hasta los topes y con una fachada falsa, le hizo sentirse todavía más sumida en una pesadilla. Pagó su cuenta junto a una inglesa robusta de facciones vulgares que, al oír que preguntaba el horario del tren a Hagenzeele, se ofreció a acompañarla.

—Yo también voy a Hagenzeele —explicó—. Pero no a Hagenzeele Tres; el mío está en la Fábrica de Azúcar, pero ahora lo llaman La Rosière. Está justo al sur de Hagenzeele Tres. ¿Tiene ya habitación en el hotel de aquí?

—Sí, gracias. Les envié un telegrama.

—Estupendo. A veces está lleno y otras veces casi no hay un alma. Pero ahora ya han puesto cuartos de baño en el antiguo Lion d'Or, el hotel que está al oeste de la Fábrica de Azúcar, y por suerte también se lleva una buena parte de la

clientela.

—Yo soy nueva aquí. Es la primera vez que vengo.

—¿De verdad? Yo ya he venido nueve veces desde el Armisticio. No por mí. Yo no he perdido a nadie, gracias a Dios, pero me pasa como a tantos, que tienen muchos amigos que sí. Como vengo tantas veces, he visto que les resulta de mucho alivio que venga alguien para ver... el sitio y contárselo después. Y además se les pueden llevar fotos. Me encargan muchas cosas que hacer —rió nerviosa y se dio un golpe en la Kodak que llevaba en bandolera—. Ya tengo dos o tres que ver en la Fábrica de Azúcar, y muchos más en los cementerios de la zona. Mi sistema es agruparlas y ordenarlas, ¿sabe? Y cuando ya tengo suficientes encargos de una zona para que merezca la pena, doy el salto y vengo. Le aseguro que alivia mucho a la gente.

—Claro. Supongo —respondió Helen, temblando al entrar en el trenecillo.

—Claro que sí. Qué suerte encontrar asientos junto a las ventanillas, ¿verdad? Tiene que ser así, porque si no se lo pedirían a una, ¿no? Aquí mismo llevo por lo menos 10 ó 15 encargos —y volvió a golpear la Kodak—. Esta noche tengo que ponerlos en orden. ¡Ah! Se me olvidaba preguntarle. ¿Quién era el suyo?

—Un sobrino —dijo Helen—. Pero lo quería mucho.

—¡Claro! A veces me pregunto si sienten algo después de la muerte. ¿Qué cree usted?

—Bueno, y no... No he querido pensar mucho en ese tipo de cosas —dijo Helen casi levantando las manos para rechazar a la mujer.

—Quizá sea mejor —respondió ésta—. Supongo que ya debe de bastar con la sensación de pérdida. Bueno, no quiero preocuparla más.

Helen se lo agradeció, pero cuando llegaron al hotel, la señora Scarsworth (ya se habían comunicado sus nombres) insistió en cenar a la misma mesa que ella, y después de la cena, en un saloncito horroroso lleno de parientes que hablaban en voz baja, le contó a Helen sus «encargos», con las biografías de los muertos, cuando las sabía, y descripciones de sus parientes más cercanos. Helen la soportó hasta casi las nueve y media, antes de huir a su habitación.

Casi inmediatamente después sonó una llamada a la puerta y entró la señora Scarsworth, con la horrorosa lista en las manos.

—Sí... sí..., ya lo sé —comenzó—. Está usted harta de mí, pero quiero contarle una cosa. Usted... usted no está casada, ¿verdad? Bueno, entonces quizá no... Pero no importa. *Tengo* que contárselo a alguien. No puedo aguantar más.

—Pero, por favor...

La señora Scarsworth había retrocedido hacia la puerta cerrada y estaba haciendo gestos contenidos con la boca.

—Dentro de un minuto —dijo—. Usted... usted sabe lo de esas tumbas mías que le estaba hablando abajo, ¿no? De verdad que *son* encargos. Por lo menos algunas —paseó la vista por la habitación—. Qué papel de pared tan

extraordinario tienen en Bélgica, ¿no le parece? Sí, juro que son encargos. Pero es que hay una... y para mí era lo más importante del mundo. ¿Me entiende? Helen asintió.

—Más que nadie en el mundo. Y, claro, no debería haberlo sido. No tendría que representar nada para mí. Pero lo *era*. Lo *es*. Por eso hago los encargos, ¿entiende? Por eso.

—Pero ¿por qué me lo cuenta a mí?—preguntó Helen desesperada.

—Porque estoy *tan* harta de mentir. Harta de mentir... siempre mentiras... año tras año. Cuando no estoy mintiendo, tengo que estar fingiendo, y siempre tengo que inventarme algo, siempre. *Usted* no sabe lo que es eso. Para mí era todo lo que no tenía que haber sido... lo único verdadero... lo único importante que me había pasado en la vida, y tenía que hacer como que no era nada. Tenía que pensar cada palabra que decía y pensar todas las mentiras que iba a inventar a la próxima ocasión ¡y esto años y años!

—¿Cuántos años?—preguntó Helen.

—Seis años y cuatro meses antes y dos y tres cuartos después. Desde entonces he venido a verle ocho veces. Mañana será la novena y... y no puedo... *no puedo* volver a verle sin que nadie en el mundo lo sepa. Quiero decirle la verdad a alguien antes de ir. ¿Me comprende? No importo yo. Siempre he sido una mentirosa, hasta de pequeña. Pero *él* no se merece eso. Por eso... por eso... tenía que decirselo a usted. No puedo aguantar más. ¡No puedo, de verdad!

Se llevó las manos juntas casi a la altura de la boca y luego las bajó de repente, todavía juntas, lo más abajo posible, por debajo de la cintura. Helen se adelantó, le tomó las manos, inclinó la cabeza ante ellas y murmuró:

—¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!

La señora Scarsworth dio un paso atrás, pálida.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¿Así es como se lo toma usted?

Helen no supo qué decir y la otra mujer se marchó, pero Helen tardó mucho tiempo en dormirse.

* * *

A la mañana siguiente la señora Scarsworth se marchó muy de mañana a hacer su ronda de encargos y Helen se fue sola a pie a Hagenzeele Tres. El cementerio todavía no estaba terminado, y se hallaba a casi dos metros de altura sobre el camino que lo bordeaba a lo largo de centenares de metros. En lugar de entradas había pasos por encima de una zanja honda que circundaba el muro limitrofe sin acabar. Helen subió unos escalones hechos de tierra batida con superficie de madera y se encontró de golpe frente a miles de tumbas. No sabía que en Hagenzeele Tres ya había 21.000 muertos. Lo único que veía era un mar implacable de cruces negras, en cuyos frontis había tiritas de estaño grabado que formaban ángulos de todo tipo. No podía distinguir ningún tipo de orden ni de colocación en aquella masa; nada más que una maleza hasta la cintura, como de

hierbas golpeadas por la muerte, que se abalanzaban hacia ella. Siguió adelante, hacia su izquierda, después a la derecha, desesperada, preguntándose cómo podría orientarse hacia la suya. Muy lejos de ella había una línea blanca. Resultó ser un bloque de 200 ó 300 tumbas que ya tenían su losa definitiva, en torno a las cuales se habían plantado flores, y cuya hierba recién sembrada estaba muy verde. Allí pudo ver letras bien grabadas al final de las filas y al consultar su papelito vio que no era allí donde tenía que buscar.

Junto a una línea de losas había arrodillado un hombre, evidentemente un jardinero, porque estaba afirmando un esqueje en la tierra blanda. Helen fue hacia él, con el papelito en la mano. Él se levantó al verla y, sin preludeo ni saludos, preguntó:

—¿A quién busca?

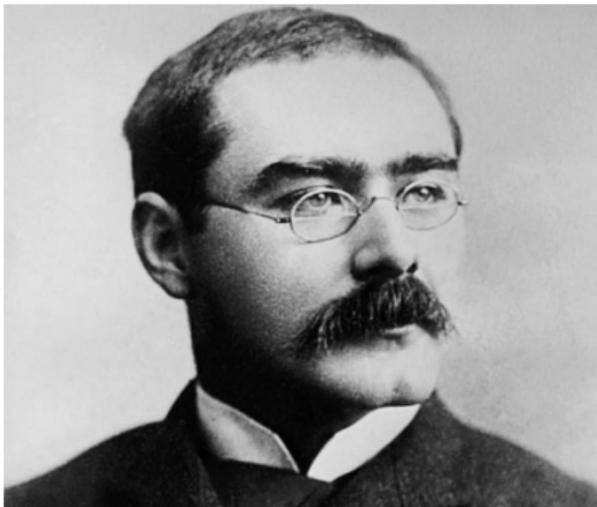
—Al teniente Michael Turrell... mi sobrino —dijo Helen lentamente, palabra tras palabra, como había hecho miles de veces en su vida.

El hombre levantó la vista y la miró con una compasión infinita antes de volverse de la hierba recién sembrada hacia las cruces negras y desnudas.

* * *

—Venga conmigo —dijo—, y le enseñaré dónde está su hijo.

Cuando Helen se marchó del cementerio se volvió a echar una última mirada. Vio que a lo lejos el hombre se inclinaba sobre sus plantas nuevas y se fue convencida de que era el jardinero.



JOSEPH RUDYARD KIPLING. (Bombay, 30 de diciembre de 1865 - Londres, 18 de enero de 1936) fue un escritor y poeta británico nacido en la India. Autor de relatos, cuentos infantiles, novelista y poeta, se le recuerda por sus relatos y poemas sobre los soldados británicos en la India y la defensa del imperialismo occidental, así como por sus cuentos infantiles.

Algunas de sus obras más populares son la colección de relatos *The Jungle Book* (*El libro de la selva*, 1894), la novela de espionaje *Kim* (1901), el relato corto *The Man Who Would Be King* (*El hombre que pudo ser rey*, 1888), publicado originalmente en el volumen *The Phantom Rickshaw*, o los poemas *Gunga Din* (1892) e *If*, (1895). Además varias de sus obras han sido llevadas al cine. Fue iniciado en la masonería a los veinte años, en la logia «Esperanza y Perseverancia N.º 782» de Lahore, Punjab, India.

En su época fue respetado como poeta y se le ofreció el premio nacional de poesía *Poet Laureat* en 1895 (poeta laureado) la *Order of Merit* y el título de Sir de la *Order of the British Empire* (Caballero de la Orden del Imperio Británico) en tres ocasiones, honores que rechazó. Sin embargo aceptó el Premio Nobel de Literatura de 1907 y fue el ganador del premio Nobel de Literatura más joven hasta la fecha, y el primer escritor británico en recibir este galardón.

Notas

[1] Como es sabido, Kipling era muy aficionado a reflejar fonéticamente las diferencias regionales de clase y mediante transcripciones fidelísimas y brillantes (a veces deliberadamente caricaturescas). Esto, que es muy frecuente en la literatura anglosajona (Faulkner, Twain, Hammett, Sillitoe, etc.) resulta imposible de reflejar fielmente en la traducción al castellano. Pues, ¿se puede hacer que un cockney hable en «cheli» o un sureño en «andaluz»? Sin duda resultaría chocante. Por otra parte, algo hay que reflejar, especialmente cuando el autor lo indica explícitamente, como ocurre al principio de este cuento, y no se nos ha ocurrido mejor forma de expresar esas diferencias que mediante el empleo de un idioma «correcto» (en este caso, cuando la señora Ashcroft habla de o con gente «bien») unas veces, y en otras con un idioma «incorrecto» o «vulgar», con leísmos, transposiciones («me se») y otras locuciones análogas. Consideramos un escollo insalvable este problema con el que tantas veces tropezamos los traductores, y que bien valdría un coloquio traductores-editores en alguna ocasión. <<

[2]... *thou art truly sikh*. « La pronunciación de la palabra *sikh* (sij) en inglés es igual a la de *sick* “enfermo”». <<

[3] ¿El Monte Nelson? <<

[4] De ahí la confusión de Strangwick sobre las « fieras de oficiales...». En inglés, sobre todo el «cockney» barriobajero, de donde se nos recuerda reiteradamente que procede Strangwick *Beasts of Ephesus* (fieras de Efeso) suena muy parecido a *Beasts of officers* (fieras de oficiales). <<

[5] En el Reino Unido las becas universitarias no se conceden sólo por criterios de necesidad económica, sino que constituyen una muestra muy señalada de reconocimiento de méritos académicos durante los estudios secundarios. <<

[6] Ibid. Referencia a lord Kitchenner. Secretario de Guerra británico a la sazón.

<<

[7] Así como los franceses llamaban *boches* a los alemanes, los británicos los calificaban de *Huns*, « hunos» . <<